

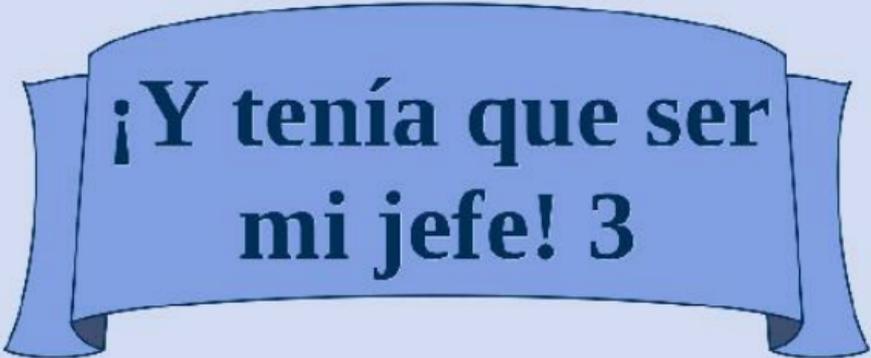
The background of the cover is a photograph of a man with dark hair and a light beard, wearing a grey suit jacket over a light blue shirt. He is looking thoughtfully to the side with his hand near his chin. Behind him is a city skyline at dusk or dawn, with the Empire State Building being the most prominent feature.

Norah Cardozo
Patrick Norton
Monika Hoff

*¡Y tenía que ser
mi jefe!*

MPN
BOOKS

libro 3



**¡Y tenía que ser
mi jefe! 3**

**Norah Carter
Monika Hoff**

¡Y tenía que ser mi jefe! 3

Norah Carter — Patrick Norton —
Monika Hoff

Título: ¡Y tenía que ser mi jefe! 3

© 2016 Norah Carter — Patrick Norton
— Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Diciembre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres,
personajes, y sucesos descritos son
productos de la imaginación del autor.
Cualquier semejanza con la realidad es

pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

Capítulo 1

No lloré.

No lloré por el mensaje que Óscar había escrito en la carta, ese mensaje donde me decía con tristeza profunda que fuese feliz. Lloré de rabia, de impotencia, al saber que el culpable de esa ruptura estaba tan solo a unos metros de mi despacho. Por culpa de Peter, había perdido a un hombre fantástico. Porque mis compañeros lo sabían también, sabían que aquel hombre me convenía, que debía apostar por Óscar.

¿Cómo pude ser tan idiota? ¿Cómo pude dejarme engañar de esa manera? Allí estaban esas rosas negras sobre mi mesa, un despojo de muerte, un adiós fúnebre y triste.

—¡Dios Santo! ¡Es terrible, Davinia! Lo siento — lamentó Desirée cruzando las manos sobre su pecho, completamente compungida como si de un momento a otro le fuese a dar un ataque al corazón.

—Por favor, volved a vuestro sitio. Dejad a la chica en paz. Davinia, te lo pido. Vete a casa. Hazlo por nosotros — me ordenó Manuel con un tono amargo al mismo tiempo que sincero.

—No puedo creerme nada de lo que te

está pasando. No entiendo nada — dijo Natalia con los ojos llenos de lágrimas.

—Hazle caso a Manuel, Davinia. Deberías marcharte. Nosotros nos encargaremos de las flores —añadió Desirée con un hilo de voz.

—Os haré caso. Siento vergüenza de mí misma. No sé qué decir. Me dan ganas de pegarle fuego a este maldito sitio — dije con rabia, apretando fuertemente los puños e intentando no llorar.

—¡Vete, por favor! — exclamó Manuel con una firmeza inusual.

—Vale, te haré caso. Te respeto mucho y seguramente tienes toda la razón. Aquí

no hago nada.

—Será lo mejor para ti y para todos —
dijo Desirée dándome un abrazo fuerte.

Natalia se sentó en su mesa y comenzó a trabajar. Manuel se puso a ordenar unos informes que yo le había dejado hace unos días para que archivara y Desirée se dispuso a recoger el ramo de rosas negras para arrojarlo a la papelera. Se hizo un silencio sepulcral en el interior del despacho y yo era una mujer invisible.

No temblaba sin embargo. Mis lágrimas arrasaban mi rostro porque no podía contener el odio que me producía la actitud de Peter y de Alexia. Según

avanzaba por el pasillo, mi enfado iba en aumento.

Imaginaba a Óscar, roto, infeliz, escribiendo esa nota llena de dolor, sabiendo que lo había traicionado, que había jugado con sus sentimientos.

Parecía muy enamorado de mí y, como decía Manuel y las chicas, ¿qué podía pedirle más a la vida?, ¿qué podía pedirle más a un hombre como Óscar?

No lo pensé y ahora no me arrepiento de haber hecho tal cosa. Sin que mis compañeros se dieran cuenta, no salí en dirección a la calle, no me dirigí al ascensor para descender a ese infierno que sería regresar a casa y encontrarme

nuevamente sola, delante del televisor, delante del espejo, frente al reflejo de mí misma.

Le eché un par de ovarios y me fui a buscar a Peter y a su queridísima esposa, Alexia. En aquel momento no me reconocía. Mi carácter no había sido tan impulsivo. Pero mi motivación era justa. Había perdido a Óscar y, poco antes, Peter había intentado meterle mano a su esposa delante de mis narices. ¿Con qué intención? Estaba clara la intención: darme celos, hacerme sentir como un ser rastrero e insignificante.

Un hombre no debe humillar a una mujer y lo peor es que Alexia estaba allí,

intentando frenarlo, pero sin convencimiento, permitiéndole que jugara con ella y que ella a su vez me mirara a mí con descaro. Era una mujer diabólica aquella Alexia. Miento. Los dos eran dos seres diabólicos, poseídos por la misma fuerza maligna. No tardé en llegar a su despacho.

Antes de hacerlo, me descalcé para que la secretaria no escuchara mis pasos. Aquella sierva de Peter, con cara de perro, no se percató de mi presencia. Me puse a cuatro patas y avancé pagada al mostrador para que no me viera. Crucé el recodo y me levanté, y seguí hasta el despacho del Sr. Evans, como

se leía en un rótulo que coronaba una de sus puertas.

Nadie escuchó que llegaba. Abrí con una sola acción y ahí estaba la parejita feliz coqueteando entre ellos, chismorreando seguramente sobre algunos de sus trabajadores. No pude soportar aquella escena y sin decir nada le lancé a Peter uno de mis zapatos. Casi le clavo el tacón en la frente. Alexia se colocó en una esquina asustada, muy asustada.

—¡¡Eres una mierda de tío!! ¿Cómo has podido hacerme esto? — grité.

—No sé de qué hablas. Podías haberme hecho mucho daño si me das con el

tacón, ¿has perdido la cabeza? —
respondió con los ojos inyectados en
sangre.

—Sí. He perdido la cabeza y tú, la
vergüenza. Eres el mayor de los
cabrones. Me has jodido la vida,
entérate.

—No tienes ningún derecho a decirle
eso — intervino Alexia con un tono
desafiante.

—Cállate, perra. ¡Cállate! No estoy
hablando contigo. Espero que tu marido
te haya puesto al día — contesté
rápidamente, mirándola a los ojos.

—No sé de qué me hablas — dijo ella

bajando la mirada.

—Alexia confía plenamente en mí.

—Eres un malnacido. ¿Cómo pude creerme todas tus patrañas?

—Dime.. ¿Cómo lo haces?

—¿Cómo hago qué? — preguntó Peter con aire ingenuo.

—Engañar a quien se te pone por delante. ¿Por qué te degradas de esa forma? ¿Por qué manchas la imagen de esta empresa con tu comportamiento de engreído? — parecía yo una ametralladora al formularle todas esas preguntas.

—Déjanos en paz — dijo Alexia con temor.

—Estáis hechos el uno para el otro. Repito, eres un mierda. Me dan ganas de tirarte el otro zapato — lo amenacé con voz grave.

Y dicho y hecho, le lancé el otro zapato que le dio en plena frente. Acerté esta vez. Yo misma me asusté de lo que hice, pero mi dignidad valía mucho más que todo aquello, así que salí por la puerta con la cabeza bien alta, aunque, en mi interior, estaba completamente destrozada.

Volví a mi despacho descalza. La secretaria no daba crédito a todo lo que

había pasado. Se podían oír los alaridos de Peter por todo el pasillo y la llantina de Alexia. Que se jodan, murmuraba yo en voz baja una y otra vez.

Cuando llegué donde estaban mis compañeros, todos se quedaron perplejos.

—Pero, ¿de dónde sales tú? ¿No te habías ido ya? — preguntó Desirée extrañada y mirándome los pies.

—¿Dónde demonios has dejado los zapatos? — preguntó Manuel cariacontecido.

—Se los he tirado al Sr. Evans, a vuestro querido Sr. Evans — dije con

orgullo, aunque estaba a punto de echarme a llorar como una niña.

—¿Estás loca? Te puede denunciar — dijo Manuel enseguida.

—Me da igual. Que haga lo que le dé la gana. Estoy harta. Lo siento por los zapatos.

Eran un regalo de mi amiga Lucy — dije intentando parecer simpática.

—No me puedo creer nada de lo que está pasando. Te vas a buscar la ruina. Nadie te va a querer contratar en ningún periódico — dijo Manuel con su habitual aire paternal.

—Me da igual. Se acabó.

—¿Qué se acabó? —preguntó Naty con ganas de saber más.

—Todo. Se acabó todo — sentencié.

—Explícate — suplicó Desirée.

—Se acabó esta humillación. Se acabó este sometimiento. Se acabaron mis silencios.

Se acabaron los secretos. Se acabó Alexia y se acabó Peter. Que os quede claro — dije como si estuviese poseída por el mismo demonio que estaba poseyendo al Sr. Evans.

Sin saber muy bien qué hacía, sin despedirme, volví a salir de allí. Natalia y Desirée intentaron sujetarme para que me sentara y me calmara. Pero no hice ningún caso y me marché descalza.

Todo el mundo me miraba y, al salir a la calle, pedí un taxi. Algunos peatones se fijaron en que no calzaba ningún tipo de zapatos. Pero eso me daba igual. Yo había explotado. Yo había

demostrado que conmigo no se jugaba, que no temía a nada ni a nadie.

Cuando llegué a casa, me di una ducha y me tomé una taza de té delante del televisor que no encendí. ¿Había perdido la cabeza? ¿Había conseguido

ese tal Peter que tirara por la borda todos mis esfuerzos y sacrificios? No podía dejar que Óscar se marchara de mi vida.

Le debía una explicación, pero, ¿cómo podría justificar delante de él una cosa como la que hice? No tenía ninguna justificación, pero tenía que intentarlo, así que le mandé varios mensajes pidiéndole que nos viéramos.

“Tu ramo de flores y tu nota me han dejado hundida. Quiero darte una explicación. Por

favor, no te alejes de mí”.

“Ha sido maravilloso estar a tu lado. No

puedes dejarme así. Deja que te explique todo lo que ha pasado”.

“Quiero conocerte. Necesito conocerte. Dame una oportunidad para demostrarte que eres

la persona más importante de mi vida”.

Pero, tristemente, Óscar no contestaba a ninguno de mis mensajes. Ahora sí que me sentía perdida. Caí en la cama. No era tarde. Puse un disco. No era de Antonio Orozco, sino de Malú.

Me sabía de memoria la letra de aquella canción que empezaba a sonar.

Si te vas a despedir

y ya no hay marcha atrás

si tienes que partir

y no te detendrás

no dejes nada aquí

no intentes, regresar.

Si tienes algo que decir

mejor dímelo ya

que no voy a sufrir

pensando en que te vas

no te voy a extrañar

ni me verás llorar.

En esos momentos en los que la voz de la cantante se quebraba para hablar de esos sentimientos, me puse a llorar. Abracé la almohada y me quedé allí, quieta, una hora tras otra, poniendo el disco una y otra vez.

La noche dormía sobre la ciudad. El silencio ocupaba todo, menos esa música que llenaba la casa, la casa vacía, mi dormitorio sin nadie donde el llanto era mi único compañero.

Dormí. Dormí poco. Porque me acordaba de Óscar, porque me acordaba del engaño de Peter, de esos días en los que mis sentimientos habían sido completamente manipulados por la sombra traidora de mi jefe. Y ahora había otra víctima y esa víctima era Óscar al que yo, sin darme cuenta, había manipulado también. Y, aunque era un error, yo me sentía culpable.

Amaneció. Tomé mi café y no me molesté ni en escuchar las noticias. Fui en metro al trabajo. Nadie se fijaba en mí porque mi cara estaba destruida. Mi traje gris tampoco ayudaba.

Sabía que en cuanto llegara me iban a

despedir después del número que había montado el día anterior. Sabía también, como Manuel me había dicho, que seguramente me había cavado mi propia tumba y que ya no encontraría más trabajo como periodista en ningún periódico importante. Subí sola en el ascensor hasta el segundo piso. Llegué con retraso y todos se extrañaron al verme, Natalia, sobre todo.

—Eres muy valiente, Davinia. Te admiro.

—¿Por qué lo dices? —fingí que me sorprendían sus frases.

—Porque le lanzas tus zapatos al jefe y hoy apareces como si nada — intervino

Desirée con un tono de tristeza más que significativo.

—Eres el tema de conversación de todo el edificio, enhorabuena — añadió Manuel con un tono seco y sin esbozar una sonrisa.

—No he visto a nadie. Está el edificio vacío —dije yo con aire de resabida.

—No. Lo que sucede es que hay un congreso de odontólogos y eso te ha salvado. Pero prepárate a las miradas y a los cuchicheos —dijo Naty preocupada.

—Me da igual. Además, en cualquier momento me van a echar de la empresa

—dije desanimada.

—Me dolería mucho. Bueno, creo que hablo por todos — dijo Desirée.

—Lo sé —contesté.

—Sabes que estamos contigo, que no nos gustan las injusticias — apostilló Natalia con un tono maternal.

En este instante, apareció Peter por nuestro despacho. Se hizo un silencio. La tensión en el ambiente se podía cortar con una navaja. Sin chaqueta y con una tirita en la frente, me pidió seriamente que hablásemos en su despacho.

Pude ver en su actitud chulesca que quería un combate cuerpo a cuerpo conmigo, y eso no se lo iba a permitir, así que me atrincheré en mi despacho, rodeada por mis compañeros que estaban sobrecogidos nuevamente por una escena que nadie esperaba.

—Tenemos que hablar, pero que sea en mi despacho — me ordenó Peter con un tono

dictatorial.

—Nada de eso. No me voy a mover de aquí. Si me vas a despedir, no te molestes en hablar demasiado. Recojo lo poco que tengo y me marchó — dije yo desafiante.

—¡Por favor, quiero hablar contigo! —
me gritó esta vez.

—No voy a consentir esta actitud, Sr.
Evans, no la voy a consentir — intervino
Manuel de repente.

—No te metas en esto. Sé defenderme
sola — dije yo valientemente.

—Tenemos que hablar largo y tendido
de todo lo que está sucediendo —
insistió Peter.

—No voy a mover un músculo, Sr.
Evans, ¿o debo llamarte Peter? Porque
así te llamaba cuando me follabas a
espaldas de tu mujer — increpé con un
tono de voz nada angelical.

Todos mis compañeros se quedaron paralizados. Todos me miraron con sorpresa, aunque todos presuponían que entre aquel hombre y yo había sucedido algo que me estaba enterrando en vida.

Peter no sabía cómo reaccionar. Dio media vuelta y desapareció. Entonces respiré hondo y miré a Natalia que me sonrió pícaro.

Sin saber por qué la canción de Malú sonó en mi cabeza misteriosamente.

Capítulo 2

Llegué muy sofocada a casa, pues había salido del trabajo como alma que lleva el diablo. Se me había hecho la mañana

eterna y estaba que me salía del pellejo, tenía ganas de poner a Peter como diana y tirarle millones de zapatos, era tan injusto...

¿Cómo podía ser un hombre de esa manera? Jamás pensé que me iba a encontrar en tal situación.

La vida no deja de sorprenderte y una mujer como yo se encuentra impotente ante conductas de ese tipo, porque yo no fui adiestrada en la traición ni en el resentimiento.

Había decidido intentar relajarme y leer un nuevo libro, me encantaba leer y me llevaba muy bien con un grupo de chicas de España y de otros países que eran

también unas lectoras empedernidas.

Comentábamos las obras que íbamos leyendo y nos recomendábamos otros nuevos libros. Luego nos poníamos a hablar de los personajes y fantaseábamos con lo que nos gustaría que pasase en la siguiente entrega.

Abrí el chat que tenía con ellas en grupo.

“Hola, chicas, os he tenido abandonadas. Necesito un buen libro para olvidar la de pruebas de mierda que me está poniendo la vida. Estoy viviendo mi propia novela.”

*Podría hasta escribir un
libro.”*

Rápidamente contestó Esther, una
española, afincada en Jerez.

Esther Segura.

“¿Qué te pasó, guapa?”

Sin pensarlo dos veces, les conté la historia de Peter y Óscar. Se quedaron flipadas. Rápidamente lo vivieron como lo hacían con las novelas que leíamos y empezaron a dar sus impresiones.

Esther Segura.

“Deberías hacer sufrir a Evans y conquistar a Óscar que de momento se ve buenote.”

Jessica Paloma no tardó en contestar, otra española, de Huesca.

Jessica Paloma.

“Lucha por Óscar que el señor Evans es un capullito, es como el perro del hortelano, ni come, ni deja comer.”

Mucho estaba tardando en comentar María Lucero. Congeniábamos genial. Ella era de Panamá y yo la amenazaba con ir cualquier día a visitarla.

María Lucero.

“El señor Evans debería tener un accidente. Ojalá quede muy grave. Su

vida debería pender de

un hilo y entonces recapacitaría. Y de paso que te ayude a estar con Óscar.”

Yo me estaba quedando alucinada con los consejos de mis grandes amigas virtuales. De repente, apareció Tea Borquez, una chilena con un sentido del humor tremendo con la que yo pasaba muy buenos momentos gracias a los puntazos chistosos que tenía.

Tea Borquez.

“ Deberías poner a Peter en su lugar y que se la juegue a mil por ti, pero debes luchar por él.”

Jessica Paloma.

“Pobrecita Davinia, te la ha jugado, te ha tendido una trampa, malditos celos.”

Tea Borquez.

“ Seguro que Peter contrató a Óscar y algo pasó para que la maléfica de la mujer volviese.”

Esther Segura.

“ Davinia, deberías enamorarte de tu compañero Manuel.”

Me tenía que reír con las cosas que ellas estaban escribiendo, aunque en el fondo yo estaba destrozada y no sabía qué iba a pasar con mi vida. Solo me daba lástima Óscar y lo que me había perdido junto a él. En cambio a Peter lo amaba, pero lo que me había hecho no se lo iba a perdonar en la vida.

La pregunta era siempre la misma:
¿Cómo se puede amar a un hombre que te ha humillado?

¿Cómo puede suceder algo así?

Tea no paraba de decir que la tuviese informada de todo, que quería saber qué iba a pasar con toda nuestra historia. Decía que esto era como una novela y, por tanto, quería saber cómo acababa y cuál sería su final.

Comenzaron a apostar cómo terminaría todo. Creo que fue el único momento en el que me reí, pues los dos anteriores días habían sido horribles para mí.

Las adoraba y debo de reconocer que estábamos todas llorando con Tea, pues esa chilena tenía unas ocurrencias impresionantes. Decía que no iba a poder dormir profundamente hasta que

no le contara el final de mi historia. Como era tan cómica, añadió que tendría que ir a base de pastillas para poder conciliar el sueño.

Todas estas amigas intentaban animarme con sus comentarios irónicos, pues era la única forma que encontraba yo para trivializar mi propio sufrimiento.

Un rato después recibí una llamada de mi amiga Marcela, ya había vuelto a Chile desde su visita inesperada en España.

—Hola, Marcela, cariño, ¿qué tal estás?

—Cuéntame si tienes a Peter rogándote.

—Me está haciendo mucho daño.

—Cuéntame todo, por favor.

—No sé si debo, Marcela. No quiero molestarte.

—No seas tonta. ¿Cómo me vas a molestar?

—No sé si pedir tantos consejos me va a ayudar a resolver este conflicto.

—No voy a darte ningún consejo, Davinia. Solamente quiero que te desahogues. Te escucharé simplemente.

—¿Sabes que te aprecio mucho? ¿Lo sabes?

—Claro que lo sé, Davinia, claro que lo sé. Pero no me gusta que sufras. A nadie que te aprecie le gusta verte así.

—No sé por dónde empezar, Marcela.

—Llora primero y, después de un rato, comienza a hablar serenamente y respirando.

—Gracias, qué buena amiga eres.

—Davinia, yo he pasado por problemas muy graves en mi vida y me puedo imaginar por lo que estás pasando.

En ese momento comencé a llorar como una magdalena y a contarle todo lo sucedido durante estos días. Se quedó

muerta, sin habla.

—Solo con lo que me has contado puedo asegurarte que Óscar es un amor de esos que te desnudan con la mirada, pero debes hacer que Peter se desviva por ti. Hazlo llorar y que se arrastre hacia ti.

—No quiero ni verlo...

—No me lo creo, Davinia.

—Sé que quieres verlo.

—Te repito que no quiero ni verlo.

—Lo que pasa es que la decepción es más grande ahora mismo que el deseo. Pero, dentro de unos días, verás lo que

sucede.

—¿Qué va a suceder, Marcela?

—Que querrás verlo de nuevo.

—Ni muerta, Marcela. Ni muerta.

—Estás deseando estar junto a él. No me puedes engañar, Davinia. Tu forma de contarme la historia delata el sufrimiento que estás pasando. Amas a ese tipo por muy canalla que sea.

—Tengo rabia, dolor, decepción y, sobre todo, un peso de conciencia muy grande por lo que le hice a Óscar. Me comporté de una forma miserable y, además, se enteró de todo. Si lo hubiese conocido

antes que a Peter, nada hubiese sido igual.

—Plántale cara, sigue en tu línea y no le permitas por nada del mundo que te humille delante de nadie.

—Ya le clavé un zapato en la frente. Sólo me queda pegarle fuego a toda la oficina.

—¿Qué le clavaste un zapato en la frente? ¿Te has vuelto loca?

—Ya te lo he dicho. Y estoy dispuesta a coger una lata de gasolina y prenderle fuego a todo su despacho para que se entere bien de quién soy.

—Muchacha eso no, a ver si te van a llevar presa.

—Pues mira, un tiempcito que me quedaría tranquila, alejada de semejante estúpido.

—No digas esas cosas. Yo no pienso ir a visitarte a la cárcel, que te quede muy claro.

—Dime qué hago, porque yo no veo la luz por ningún sitio.

—No seas boba, recuerda esto, haz que se arrastre.

—No va a ser fácil.

—Davinia, tú puedes con eso y con más. Entérate. Siempre te he tenido por una mujer con agallas.

—Lo sé, pero ahora me siento vulnerable, Marcela.

—Porque lo amas. Haz que se arrastre, te repito.

—Lo intentaré, millones de gracias por la llamada, sabes que te quiero.

—Yo también, mi niña, mantenme informada, un besito.

—Dale recuerdos a toda tu familia, Marcela.

—Se los daré y entérate de una cosa.

—¿Qué, Marcela?

—Los hombres no valen nada. No merece la pena que sufras por un hombre. Hay a patadas.

—Tú siempre tan orgullosa de ti.

En ese momento, volví a ponerle un mensaje a Óscar y no me contestó. Como siempre, lo leía, pero se quedaba a la espera y pasaba de mí.

Me metí en el baño con una Coca Cola Zero y me tiré allí cerca de una hora. Tenía una sensación muy extraña y ganas de hacer algo por solucionar y zanjar

este tema, pero sabía que aquello no iba a terminar nada bien.

Estaba convirtiendo todo mi amor por Peter en odio. Solo se me pasaban cosas malas por la cabeza para hacerle.

Capítulo 3

— Davinia, a mi despacho.

Levanté la cabeza de los papeles que estaba leyendo y miré malamente a mi jefe.

— Estoy ocupada.

— No te lo repito más — dijo muy serio —. A mi despecho a la de ya.

Lo miré con la ceja enarcada, afirmé con la cabeza y él se marchó. Me levanté mientras ponía los ojos en blanco. Había llegado esa mañana al trabajo con ganas de que el día acabase pronto y, sobre todo, de no tener que ver a Peter. Y todo iba bien, él estaba fuera, en una reunión con unos clientes.

Hasta ese momento en el que apareció y fue directamente a molestarme.

Tenía la puerta abierta, entré y la dejé abierta.

— La puerta — me recordó, ya estaba sentado tras su escritorio.

— No creo que sea necesario, ¿qué

desea?

— Me estoy cansando de que me cuestiones todo, Davinia.

— Pues ya sabe lo que tiene que hacer, Señor Evans. No creo que la decisión sea muy complicada.

— Si tantas ganas tienes de irte, ¿por qué no renuncias?

— Porque me gusta fastidiarlo — dije sonriendo irónicamente —. ¿Para esto me ha llamado?

— Puedes irte ya si quieres, tienes una maleta que preparar.

— ¿Perdón? — estaría de broma, ¿no?

— Mañana salimos a primera hora para Londres, me vas a acompañar.

— Puede hacerlo cualquier otro — no pensaba ir a ningún lado con él.

— Claro que puede — sonrió —, pero serás tú quien me acompañe a esa reunión.

— ¿No lo acompaña su mujer?

— Alexia no puede venir esta vez, vendrás tú — volvió a decir — Y te quiero con tu mejor sonrisa, Davinia, es un tema importante el que vamos a tratar, así que olvida en ese tiempo lo que ha

pasado entre nosotros y compórtate como una profesional. Porque lo eres, ¿no?

— ¿A qué hora me recoge? — pregunté sin darle el gusto de que notara cuánto me estaba molestando el tema. Pues claro que era profesional y él era un imbécil de primera.

— A las 6 de la mañana te recojo en la puerta de tu casa, intenta no hacerme esperar.

Me di la vuelta, dispuesta a marcharme y no verle la cara en todo lo que quedaba de día.

— Ah, y Davinia...

Resoplé, si tuviera algo a mano, se lo tiraba a la cabeza.

— ¿Sí? — pregunté sin girarme.

— Estaremos dos días, llévate todo lo necesario.

Asentí y me marché, esa vez sí cerré la puerta y tuvo que oírse el portazo en toda la oficina.

Mis compañeros, al ver la cara con la que llegué a mi mesa, se levantaron corriendo para venir a preguntarme.

— ¿Qué te hizo esta vez? — preguntó Natalia con el ceño fruncido.

— Tengo que acompañarlo a una reunión en Londres — les dije.

— Joder, la cuestión es fastidiarte, ¿no?
— dijo Desirée.

— No puedo hacer nada, bastante tengo con aguantar todas las gilipolleces que tiene —

refunfuñé.

— ¿Y su mujer? — preguntó Manuel.

— Dice que esta vez no puede acompañarlo así que solo lo haré yo. Ya podía mandar a otra

— seguí.

— Davinia, intenta hacer tu trabajo y nada más. Y si necesitas algo, con coger el teléfono y llamarnos... — ofreció Manuel.

— Gracias, chicos, estaré bien. En un par de día de vuelta — sonreí —. Dejo esto firmado y me marchó, tengo que preparar la maleta. Portaos bien mientras no esté.

Les di un abrazo a los tres, terminé de revisar los documentos y, al terminar, me marché a casa.

Llegué con un enfado de mil demonios, tiré el bolso en el sofá y me fui a prepararme un té caliente para relajarme, no tenía ni hambre, solo

quería despotricar por las encerronas en las que me metía Peter y por cómo yo no podía hacer otra cosa que no fuera callarme. Pero si tenía pensamiento de que mi actitud en Londres cambiase o de que le permitiera algunas cosas... se iba a llevar una sorpresa enorme.

Y que me echara si quería, estaba ya bastante cansada del tema.

Me senté con la taza de té en las manos y miré Facebook. Como cada día, miraba primero el muro de Óscar, pero no había nada nuevo. Suspiré, lo echaba de menos, me sentía tan triste por haberlo perdido...

Miré mis notificaciones y vi que tenía

una de él. Un ramo de rosas negras en mi muro con el título:

“Puedes perder lo verdadero en un solo segundo, después el daño que causas será irreparable.”

Estaba más que claro a qué se estaba refiriendo. Le di me entristece a la publicación y le escribí por privado que necesitábamos hablar, pero no obtuve ninguna respuesta.

En ese momento, el enfado por cómo se estaba comportando mi jefe, se convirtió rápidamente en una tristeza inmensa, la misma que se apoderaba de mí cuando recordaba a Óscar. Lo quería de nuevo

en mi vida, al menos que me diera la oportunidad de explicarme, necesitaba quitarme esa espinita.

Pero él no estaba por la labor.

Pasé el día en casa, la maleta la preparé en menos de una hora, tampoco tenía mucho que meter y ya me estaba acostumbrando a preparar maletas exprés.

Tomé una ducha y me acosté temprano, el día siguiente sería una tortura.

Cuando bajé, a la mañana siguiente, Peter ya estaba esperándome dentro del coche. El chófer guardó mi maleta, abrió la puerta y entré. Le di los buenos días y

me mantuve en silencio todo el camino hasta el aeropuerto. Lo mismo en el avión, apenas cruzamos más de dos palabras de las estrictamente necesarias. Me había levantado de muy mal humor y, que al verlo, me demostrara que aun seguía sintiendo algo por él, no ayudaba en lo más mínimo.

El hotel en el que nos hospedaríamos era realmente espectacular. El Park Plaza County Hall London, un edificio moderno en el South Bank de Londres, cerca del río Támesis, me dejó con la boca abierta. La verdad era que ese hombre se hospedaba siempre en los mejores hoteles de las ciudades que visitaba, era increíble.

Nos dieron las llaves de nuestras respectivas habitaciones, eran contiguas pero no se comunicaban entre ellas, subimos y, antes de entrar en la mía, me dijo que me esperaba en recepción una hora después.

Dejé la maleta y, lo primero que hice fue salir al enorme balcón. Me quedé con la boca abierta al descubrir que desde allí podía ver el London Eye, tenía que ser todo un espectáculo verlo por la noche, con las luces de la ciudad encendidas.

— Precioso, ¿verdad?

Giré la cabeza al escuchar su voz. Estaba en el balcón de su habitación, se había quitado la chaqueta y tenía las

manos en los bolsillos.

— La verdad es que sí — reconocí.

— ¿Nunca has estado en Londres?

— No — negué con la cabeza —, no he tenido muchas oportunidades de viajar.

— Me alegra que sea yo quien esté cambiando eso.

A mí en el fondo no me gustaba nada el tener que recordar por el resto de mi vida que todos esos viajes los hice con él.

Miré al frente de nuevo, ignorándolo.

— Tenemos que hablar, Davinia —
insistió.

Me di la media vuelta y entré de nuevo al dormitorio. Ya iba a empezar... Pues sería momento de colocarme a tiempo la armadura.

Una hora después salimos del hotel, dimos una vuelta rápida por la ciudad, yo miraba todo embobada, era precioso. Paramos para comer en un íntimo restaurante de Hyde Park y, después de planear los pasos a seguir en la reunión, marchamos para encontrarnos con los clientes.

El encuentro fue un éxito y Peter quedó en verse con ellos al día siguiente para

firmar lo que necesitaban. Me felicitó por mi trabajo y volvimos al hotel casi a la hora de la cena.

— He cogido mesa en...

— Señor Evans, no es necesario, eso no es trabajo — lo corté.

— Davinia, esto es un viaje de negocios y, como tu jefe y responsable de ti, cenarás conmigo.

— Creo que se está tomando atribuciones que no son.

— Es una simple cena en el restaurante del hotel. Hablaremos sobre lo que se firmará mañana y nada más — insistió.

— Está bien, bajo en un rato.

No tardé mucho, el tiempo de bañarme y cambiarme de ropa, me dolían los pies horrores de haber estado todo el día con los tacones, así que me puse cómoda. Peter ya estaba tomándose su copa de vino cuando tomé asiento frente a él.

— Davinia, tenemos que hablar.

— Mira, Peter — dije volviendo a tutearlo, eso ya no era laboral —. Esto es un viaje de negocios. Entre nosotros no hay otro tema posible, así que no gastes saliva.

— Tengo cosas que explicarte.

— Tenías que haberlo hecho en su día, no ahora. Y además, para eso debería importarme y te aseguro que no me importa lo más mínimo.

— Davinia, algún día tendrás que escucharme.

— ¿Escucharte qué?

— No todo es lo que parece...

Me reí, era todo un cínico.

— Tienes un problema, Peter, ni comes ni dejas comer. ¿Por qué no te vas con tu mujer y me dejas en paz? No te preocupes por tus remordimientos, a mí ya no me afecta lo que hagas con tu vida

— mentí.

Me levanté, dispuesta a irme sin cenar. Se levantó rápidamente y me cogió por el brazo, evitándolo.

— Suéltame — le dije bastante enfadada.

— Hoy no tienes nada a mano para tirarme a la cabeza — dijo mirándome muy serio —, y te aseguro que me vas a escuchar.

— No voy a hacerlo — dije entre dientes y me solté de su agarre —. Es mi jefe, Señor Evans, por si no lo recuerda, así que compórtese como debe.

— Davinia, por favor...

— Por favor digo yo. Suélteme — lo hizo y lo miré con rabia —. No todo el mundo baila a tu compás, Peter, aprende a entender eso. Y yo no soy una sumisa a la que puedas manejar como te dé la gana.

Te lo vuelvo a repetir, cíñete a lo laboral, es lo único de lo que tenemos que tratar.

— ¿Es por él? — preguntó por rabia.

— ¿Sabes qué? Eres un maldito idiota y te crees el ombligo del mundo, ¿verdad?

— No me has contestado.

— Ni pienso hacerlo mi vida personal no te interesa.

— Me interesa más de lo que crees.

— Compórtese, Señor Evans, no me haga denunciarlo por acoso.

Me marché sin mirar atrás. La noche fue larga, yo no paraba de darle vueltas a la cabeza.

Al día siguiente seguí casi sin dirigirle la palabra, por más que él lo intentara, yo lo ignoraba completamente.

Cuando por la noche llegué a casa, con muy mal humor, pero iba a seguir con la misma actitud hacia Peter. Entré en

Facebook de nuevo y otra vez tenía otro ramo de rosas negras en mi muro.

“El dolor es tan difícil de soportar cuando los sentimientos son verdaderos...”

Rompí a llorar, tenía tanta razón en lo que decía. Había perdido algo precioso con él por la estupidez de no controlarme y, ahora, sabía cuánto me importaba y cómo me dolía.

Me acosté llorando, rezando porque en algún momento Óscar me diera la oportunidad de hablar con él.

Capítulo 4

No me lo esperaba o tal vez sí. Peter estaba cambiado. Lo notaba en sus ojos, en su forma de mirarme, en sus fracasadas intenciones por hablarme. Yo estaba en plan borde. Y ese juego me estaba gustando mucho, demasiado quizá. Cuando regresamos de Londres, me puse a pensar la misma noche, ya en la cama, en todo lo que había sucedido durante el viaje.

El hecho de tener sentimientos encontrados no me hacía feliz. A nadie podía hacer feliz una situación como la que yo estaba atravesando y las preguntas que martilleaban en mi cabeza eran tantas que era muy difícil encontrar una sola respuesta.

¿Por qué había sido tan estúpida de caer en las redes de Peter? ¿Por qué no había centrado toda mi atención en Óscar? ¿Debía seguir actuando así con mi jefe?

Yo deseaba en lo más profundo de mi ser que el amor fuese un sentimiento coherente, racional y lógico. Pero está claro que algo así es una contradicción. Del amor puedes esperar cualquier cosa y, por mucho que yo tratara de serenarme, de pensar las cosas fríamente, me encontraba siempre delante de un muro.

No. No era un muro.

Era un cruce de caminos donde tenía que elegir uno solo. El hecho de tomar una

decisión así es terrible, sobre todo, cuando un hombre como Peter se mostraba tan cambiante ante mí.

No sabía a qué atenerme. ¿Qué explicaciones necesitaba escuchar yo de aquel pobre diablo?

Cuando me encerraba en casa y ponía mis discos de Orozco y Malú, por ejemplo, intentaba aclarar mis sentimientos.

Confiaba en que las letras de estos artistas, su voz y su sensible forma de interpretar me dieran una pista para saber qué camino elegir. Pero la música no era el camino.

La música solo me revelaba que, en el amor, todo es confuso y oscuro.

Posiblemente había perdido a dos de las personas más importantes de mi vida.

Pero, en el caso de Peter, estaba claro que no podía dejarme humillar. No podía dejarme humillar por mi jefe, quien me había mostrado que podía ser la persona más sensible y entregada del mundo y también un tipo repulsivo, cuya autoridad utilizaba para provocarme y darme celos, una lenta forma de torturarme que me estaba desquiciando.

Por esa razón, Londres fue una forma de vengarme de sus excesos, de sus malignos excesos que tanto me habían hecho sufrir.

Mis compañeros de trabajo ayudaban a que yo me enfrentara a mi situación laboral y personal, pero ellos no podían controlar mis sentimientos, dominarlos, anularlos. No podían hacer nada de eso. Qué difícil resulta aceptar que nadie puede llegar a comprenderte cuando te sucede algo como lo que yo estaba experimentando. Es muy difícil controlar esa emoción que te hunde y te hace cada vez más vulnerable.

La realidad lo había complicado todo y yo no podía entrar en los corazones de estos dos hombres para averiguar qué intenciones albergaban. Que Óscar me hubiera abandonado era comprensible, pero las cosas iban a dar un giro

inesperado, porque, a la mañana siguiente de volver de Londres, me encontré con una escena digna de la mejor comedia de enredo que haya podido estrenarse estos últimos años en cartelera.

Cuando salí del ascensor y me dirigí a mi despacho, pude escuchar los gritos al fondo del pasillo que cruza con el que va a mi oficina. La secretaria de Peter estaba pálida y me miró con ojos asustados.

—No me lo creo. Llevan así media hora —dijo ella compungida.

—Pero, ¿qué sucede? — pregunté con ingenuidad.

Era la primera vez que hablaba con aquella mujer sin retornos con la mirada. Yo también estaba acojonada. Natalia y Desirée enseguida vinieron a mi encuentro y las cuatro, pues la secretaria también se unió al grupo, asistimos a un auténtico show. Manuel prefirió quedarse en su puesto de trabajo, aunque luego el muy cotilla no dejaría de preguntarnos sin cesar qué había ocurrido.

—¡¡No has cumplido con el pacto, cabrón!! —gritó Alexia con voz masculina y viril.

—No sé de qué estás hablando.

—Te vas de viaje con esa zorra. ¿Por

qué? ¿Sabes lo que significa todo eso?
¿Cómo se te ocurre hacerme una cosa
así?

—No tengo por qué darte explicaciones.
Eran cuestiones de trabajo. No es asunto
tuyo.

—Que no es asunto mío. ¡¡Cállate!! —
le ordenó Alexia escupiendo fuego por
la boca.

—¡¡No te metas en mi vida!! —
respondió Peter afectado.

—¿Te la has follado, verdad? —
preguntó Alexia.

—No.

—Responde. Sé hombre y dilo —
sentenció ella.

—Ya te he contestado. Como sigas así,
te va a dar un ataque al corazón, Alexia.

¡Cálmate!

—No pienso calmarme.

—¡Cálmate, Alexia!

—No voy a hacerlo y pienso contarle a
todo el mundo el tipo de hombre que
eres. Si se puede llamar “hombre”, a un
ser tan insignificante como tú y tan
rastrero. Me has traicionado.

—Yo no he hecho nada. Te lo repito,

Alexia.

—Deja de decir mi nombre. ¡¡Lávate esa boca de puerco antes de pronunciarlo!!

—

gritó ella completamente airada.

Las puertas del despacho estaban cerradas, pero era tal el volumen de los gritos que aquellas palabras resonaban por todo el pasillo y entendíamos con claridad cada una de las intervenciones. Estaba claro que el tema de conversación era yo. Ese viaje a Londres al lado de Peter había hecho estallar a Alexia. Lo peor es que, en vez de sentirme víctima, me sentía culpable y eso no podía permitírmelo. Menos mal

que ahí estaban mis compañeras de trabajo para recordármelo mientras seguían los gritos, uno tras otro, como golpes de martillo sobre la fragua.

—Davinia, tú no eres culpable de nada. Tiene que quedarte muy claro — comentó Naty mirándome a los ojos fijamente.

—Lo sé. Pero, desde que llegué a esta empresa, solamente he encontrado problemas —

dije yo con un tono de arrepentimiento.

—Debes saber que aquí hay gato encerrado. Su discusión no debe afectarte. Es un problema que han de

solucionar ellos — dijo Desirée con rotundidad.

—Lo que es cierto es que, si siguen así, habrá que llamar a seguridad o a algún directivo para que ponga paz. Esto es un escándalo y perjudica a la empresa — intervino Natalia con un tono sobrio, preocupada por el cariz que estaba tomando aquella pelea.

—Habrá que llamar a la policía — dije yo sin saber muy bien por qué. Seguramente me dolía pensar en Peter, en lo mal que lo estaba pasando.

A veces puedo ser muy estúpida. Aquel hombre me había maltratado y había traicionado mis sentimientos con

alevosía. Era terrible pensar que yo pudiera sentir pena por aquel sujeto.

Los gritos continuaban y también se podía escuchar un reguero de pasos firmes por el suelo de aquel despacho donde Peter y Alexia seguían discutiendo frenéticamente. La ansiedad me estaba matando. Las palpitaciones de mi corazón se aceleraban con cada intervención.

Temía que, en cualquier momento, sucediera algo terrible allí dentro.

—¿Dices que me va a dar un ataque al corazón?

—Alexia, solamente quiero que te calmes.

—Eso quisieras tú, que me diera un ataque al corazón. No vas a tener esa suerte.

—No quiero desearte nada malo, ¡¡joder!! Deja que me explique — imploró Peter.

—No me hace falta ninguna explicación. Has roto nuestro pacto y ahora nos vamos a ver en los tribunales, cerdo asqueroso — sentenció nuevamente Alexia.

De repente, se abrió la puerta de aquel despacho que parecía la puerta al

Infierno, de Dante, y Peter o el Sr. Evans salió corriendo, con el rostro desencajado, como si huyera del mismísimo demonio.

Una grapadora cruzó todo el pasillo impactando en su cabeza. Dolorido siguió corriendo.

Nosotras nos apartamos y caminamos deprisa a nuestros puestos de trabajo. La secretaria, pálida todavía, se refugió en su mostrador y continuaron volando toda clase de objetos por el pasillo: la papelería, el teclado del ordenador, un globo terráqueo y un portarretratos.

Empezábamos muy bien la mañana.

Cuando le contamos a Manuel todo lo que había pasado, no daba crédito. Asistía estupefacto a la descripción de la escena. Desirée interpretaba a Alexia y Natalia a Peter, y, aunque no habíamos visto nada, les sobraba imaginación para montar la secuencia teatral. Yo estaba escribiendo una serie de emails en mi ordenador. Prefería mantenerme al margen.

—Como lo oyes, Manuel, se ha vuelto loca — dijo Naty riendo.

—Estaba poseída por un espíritu maligno, te lo juro — añadió Desirée.

—Todo esto es una vergüenza. Jamás había pasado algo así en este

departamento. Creo que debemos dar parte a Administración y tener una reunión con el sindicato. No debemos tolerar estos comportamientos —razonó Manuel con una actitud fría.

—No seas aguafiestas, hijo. Lo estamos pasando genial con esta telenovela. Me encanta venir a trabajar. Davinia eres lo mejor que nos ha pasado — ironizó Natalia haciendo aspavientos con sus manos nerviosamente y sin dejar de mirarme.

—No seas cabrona — dijo Desirée.

—No me voy a pronunciar — dije yo con un tono triste.

—Haces bien. No le hagas caso a esta loca — repuso Manuel refiriéndose a Natalia.

—No me llames loca. Loca está la Alexia esa que te ha montado en el pasillo un bazar

— añadió Naty ironizando.

—Es verdad, Manuel. ¿No dijiste el otro día que te hacía falta un pisapapeles? Mira a ver allí porque quizá encuentres uno — dijo Desirée sin dejar de reír.

—Y hasta una colchoneta de playa — añadió Naty siguiendo con el chiste.

—¡Ya está bien! — grité yo enfadada,

mirando a las dos actrices.

—No hace falta que te pongas así, hija mía — repuso Naty seria y sentándose en la silla.

—En cualquier momento me van a despedir. Esta pelea perjudica gravemente al periódico y me coloca a mí en una situación muy difícil. Nadie va a querer a una periodista como yo en ninguna agencia — comenté a punto de venirme abajo.

—Está bien. Paramos, Davinia. Perdónanos. No queríamos ofenderte — intervino Desirée con voz dulce.

—No tienes la culpa de haberte cruzado

con un capullo. Piénsalo también —dijo Manuel de repente.

Todos permanecemos en silencio a lo largo del día. No se habló de otra cosa que de trabajo, aunque en la cafetería ya se escuchaban las primeras opiniones. Peter y Alexia se habían convertido en animales de circo para todos los trabajadores y directivos.

Al acabar la jornada, estaba agotada. Los malditos informes de una campaña de libros de texto me llevaban de cabeza. Tenía que ajustar al máximo el presupuesto y no era fácil.

Llegué a casa agotada y me dejé caer en el sofá. Respiraba. La tele estaba

apagada y el reflejo de mi cuerpo en la superficie de la pantalla delataba el guiñapo que era.

De nuevo volvían a mi cabeza imágenes que no deseaba recordar, pero la memoria es así de imprevisible y de jodida. Abrí la nevera y, como no había hecho la compra, llamé a un restaurante chino.

Qué jodido es cenar sola. Era una mujer independiente que había tenido dos historias de amor alucinantes y ahora tenía que cenar de cualquier manera para no desfallecer en un pisito sin la compañía de nadie.

De repente, mi móvil sonó. Era un

mensaje de alguien a quien no esperaba.
No me lo

esperaba en aquel momento, pero
contesté rápidamente.

*“Peter, no quiero saber nada de ti.
Olvídame por favor. Nuestra relación
es estrictamente
profesional”*

Pero él no se dio por vencido y comenzó
entre nosotros un intercambio de
mensajes que no tardé en cortar porque
no iba a permitir que mi jefe pensara
que me podía doblegar. Yo me había
convertido en una mujer a la que había
que temer.

“No voy a ir a cenar contigo. No. Tienes a Alexia. Ella sabrá elegir el menú por ti”.

“No me puedes hacer esto, Davinia. Necesito que me escuches. Queda conmigo”.

“Sr. Evans, estoy fuera de mi trabajo. Estos mensajes, a estas horas, pueden ser una causa más que justificada de acoso”.

Peter ya no siguió escribiendo. Envalentonada por lo que había hecho, decidí escribirle a Óscar. Sabía que era inútil, pero tenía que intentarlo. Coloqué

el disco de Malú en la mini cadena. Me ayudaría a inspirarme. Tenía que sorprenderle con unos mensajes que fueran hermosos, sin llegar a cursis.

“Necesito tenerte cerca. Necesito que vuelvas a mirarme a los ojos.

Necesitamos

escucharnos, por favor”.

“Sé que no vas a contestarme, Óscar, pero al menos quiero que sepas que sigo aquí, que

pienso en ti. Por esa razón, te escribo”.

“Si no me quieres por lo que te hecho, quiéreme por mi sufrimiento. Te espero”.

Tocaron a la puerta y abrí. Un joven traía la comida. Le pagué. Volví al sofá. La tele seguía apagada. La música sonaba. Coloqué los envases sobre la mesa de la cocina. Miré a la calle. Y no cené.

El rencor, la ilusión, la tristeza y la apatía me condujeron a la cama, a quedarme quieta, mirando el techo, pensando en que algún día ganaría el Pulitzer y sería la envidia de la profesión. El móvil no sonaba. Ni un

solo mensaje de Óscar.

Al día siguiente, Peter me esperaba en la puerta de mi despacho. Los demás ya trabajaban.

Se me había escapado el metro y al coger el siguiente llegué con retraso.

—Es tarde —me dijo con tono simpático.

—Cuando he podido. No tengo coche oficial — le corté enseguida.

—¿Vienes tensa a trabajar, Davinia?

—No. Lo que sucede es que hay bienvenidas que me ponen de mala leche

nada más comenzar el día.

Siguió en medio de la puerta y no me dejaba pasar. Mis compañeras me hacían muecas para que me riera.

Manuel no perdía de vista la escena que Peter estaba montando.

—Necesito quedar contigo. ¿Qué te parece una cena? — preguntó amablemente.

—No.

—Por favor, no seas cruel —suplicó con ojos vidriosos.

—No te rebajes, Peter. No te pega nada.

—Quiero estar contigo y que escuches mi versión. Tengo derecho.

—Tu versión, ¿de qué? No tienes derecho. Tienes el deber de hacer que esta empresa sea la mejor — dije yo con voz de mando.

—No te pongas borde de nuevo. No me lo merezco —dijo con un tono de tristeza profunda.

—Y yo, ¿qué me merezco? Dime, ¿qué me merezco yo? — pregunté con rencor.

Lo empujé y entré a mi despacho. Peter se marchó arrastrando los pies y sin girar la cabeza.

Yo me mordí el labio. No miré a nadie y me senté a trabajar.

Hacía un día precioso en la ciudad y las golondrinas pronto volverían a anidar en las cornisas.

Capítulo 5

— Davinia, empezamos de nuevo.

Miré a Natalia cuando me habló. El mensajero volvía a venir a entregarme flores, esta vez un ramo de rosas amarillas. Me levanté corriendo a cogerlo, ilusionada al pensar que quizás podían ser de Óscar.

— A este paso vas a ser mi única cliente

— rio él.

— ¿De quién es? — preguntó Desirée, ya estaban los tres mosqueteros a mi lado.

Le firmé el recibo al chico y puse el ramo en la mesa mientras se marchaba. Comencé a buscar la tarjeta, nerviosa.

“Quizás de vez en cuando hay que dar una oportunidad para que la otra parte se explique. Es lo justo.”

Con eso lo decía todo, pensé. Sonreí como idiota.

— Dime que es del bombonazo — dijo Natalia, ilusionada.

— Es de Óscar — dije con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Está todo arreglado? — preguntó Manuel.

— No, solo me da la oportunidad de hablar.

— Si es que es un amor — suspiró Desirée —. ¿Cuándo?

Me encogí de hombros, no sabía qué hacer en ese momento, estaba demasiado nerviosa.

— Pero chiquilla, llámalo ya — dijo impaciente Natalia.

— Lo justo sería que él recibiera lo mismo que ella — intervino Manuel.

— ¿Qué quieres decir? — pregunté.

— Menos mal que a veces el romanticismo te sirve de algo — bromeó Desirée, dirigiéndose a mi compañero.

— ¿Qué yo le mande un ramo de flores? — pregunté, ni se me había pasado por la cabeza.

— ¿Por qué no? Es un bonito detalle — dijo Manuel.

Me mordí el labio, tenían razón. Cogí la tarjeta de la floristería de la que recibía

mis flores y llamé. Me entraron ganas de reírme al imaginar la cara que pondría Óscar cuando le entregaran el ramo en el hotel.

— Sí, una docena de rosas blancas — dije al teléfono —. ¿En la tarjeta? Pues ponga...

Me callé, miré a mis compañeros, haciéndoles señas para que se fueran y ellos, lo único que hicieron fue cruzarse de brazos.

— Por favor... — dije mirándolos.

— No te preocupes, somos una tumba — dijo Desirée.

Puse los ojos en blanco, sabía que no se iba a ir hasta enterarse de todo, así que le dije lo que tenía que poner en la tarjeta.

“Lo único que tenemos que hablar es que yo me equivoqué y tú eres una de las mejores personas que he conocido. Gracias por darme la oportunidad de volver a vernos, cuando quieras, solo tienes que decírmelo. Un beso.”

— Has sonado muy desesperada — dijo Desirée cuando colgué el teléfono.

— En realidad lo estoy — sonreí con tristeza.

— Lo sé, Davinia, o lo imagino. Pero

mira, ahora tienes la oportunidad de volver a verlo, solo sé sincera — aconsejó Manuel.

— Que esto no sirva de precedente, pero le doy la razón — volvió a decir Desirée.

— Desi, te estás ablandando — rio Natalia.

— Bueno, no siempre soy la bruja, también tengo sentimientos — dijo Desirée muy seria.

— Sí, hasta las víboras los tienen — resopló Manuel y todos reímos cuando se ganó un cate de ella.

— ¿Por qué siempre tienes que ser tan desagradable? — preguntó Desirée.

— Aprendió de las mejores — Natalia me guiñó un ojo y se llevó a sus dos compañeros.

Me puse a trabajar con una gran sonrisa en la cara, esperaba que a Óscar le gustara el detalle y que me llamara pronto, tenía muchas ganas de verlo, de explicarle todo y quién sabía si volvería a darme una oportunidad, aunque mejor era no hacerme ilusiones. Ya el tiempo diría. Pero lo echaba de menos...

Y la sonrisa en la cara me duró poco, en el momento que vi una sombra frente a mí, supe de quién se trataba.

— ¿Otra vez volvemos a tener la floristería en la oficina?

— ¿Tanto le molesta? — pregunté sin levantar la mirada.

— Con tu vida privada puedes hacer lo que quieras — dijo rabiosamente —. Pero esto es tu lugar de trabajo, dile a tu enamorado que se controle.

— No tiene nada de malo que reciba un ramo de flores aquí. ¿Quiere una?

— Davinia...

— No, no se preocupe — me levanté y cogí una de las rosas —. No me importa regalársela.

Tome — se la ofrecí mirándolo a los ojos —. A lo mejor así se le quita el mal humor que se gasta.

Escuché a mis compañeros toser, evitando reírse, seguro. Peter apretó la mandíbula, a ese paso se la rompía, eso si no explotaba antes.

— ¿Se encuentra bien? — pregunté haciéndome la tonta.

— ¿De qué hablas?

— No sé, parece que se está poniendo morado — dije inocentemente —. ¿Le tiene alergia a las flores? — pregunté fingiendo horror.

— Le tengo alergia a las cursilerías —
dijo enfadado.

— Sí, lo entiendo. Como yo a los
imbéciles. Pero qué cree, me toca hablar
con alguno que otro a diario. Cosas de
la vida — terminé encogiéndome de
hombros.

Creí que en ese momento mis
compañeros se ahogaban por evitar
estallar en carcajadas.

— Davinia, te estás pasando — me
cogió del brazo.

— ¿Yo? Le pido disculpas, Señor, ¿hice
algo incorrecto?

— No te hagas la tonta, no va contigo.

— Parece que me conoce muy bien, ¿no?

— Más de lo que crees.

— Pues entonces sabrá que soy peligrosa llevando tacones — dije recordando el incidente —.

¿Y qué cree? Hoy los llevo.

Me miró, muy enfadado, sabía que me estaba pasando y riéndome de él en su cara, pero es que no podía evitarlo. Era un imbécil la mayor parte del tiempo.

— Quien ríe el último, ríe mejor — dijo antes de marcharse.

No entendí a qué se refería y tampoco me importaba. Si venía con mi despido en las próximas horas, no iba a ponerme a llorar.

Miré a mis compañeros, esos sí que estaban morados de aguantarse la risa. Les guiñé un ojo y me senté de nuevo.

— ¡Eres mi heroína! — dijo Natalia.

— Mierda, no me dio tiempo a grabarlo —
rio Desirée.

— Estáis todas como cabras —
refunfuñó Manuel, pero también se reía.

Acabé la jornada laboral y me fui a casa. Aunque en la mañana había tenido

muchas emociones, iba contenta. Solo esperaba que Óscar no tardara mucho en quedar conmigo. Y mi jefe... bueno, aunque me desquiciaba, se merecía todo lo que le decía, incluso me quedaba corta.

Por idiota, pensé.

Estaba cenando cuando sonó el teléfono, lo cogí sin mirar quien era.

— ¡Hola! — dije pensando que sería Óscar.

— Hola... ¿Qué fumaste? — preguntó mi hermana al otro lado.

— Oh, eres tú — dije decepcionada.

— Vaya, que no te dé tanta alegría escucharme. Sé que no me soportas pero...

— No digas eso, es solo que esperaba a otra persona.

— Espero que no sea a tu jefe.

— No, tranquila, no hay nada entre nosotros.

— ¿Óscar tal vez? ¿Ya lo habéis arreglado?

— No sabes cómo me arrepiento de contarte las cosas. Es más, no sé por qué demonios lo hago — resoplé, no quería una charla de hermana anti hombres.

— Porque soy la única con dos dedos de frente y que te aconseja bien, claro.

— Claro...

— Pues empieza a contar.

— Nada, me mandó un ramo de flores y en la tarjeta decía que me daría una oportunidad para explicarle.

— Pues no sé qué tienes que explicar, te follaste a tu jefe y él lo sabe.

— No seas burra...

— La única burra que hay aquí eres tú, que ves una po...

— Cállate — la corté —. Eres una malhablada.

— La verdad es que sí, pero me va bien. Ya en serio, ¿cuándo os veis?

— No sé, estoy esperando que me avise.

— Vale, aunque siempre te digo que no des explicaciones, esta vez voy a hacer una excepción, sé totalmente sincera.

— Lo sé...

— Y sé tú, verás que todo sale bien.

— Gracias, Carla.

— Por nada, no soy la bruja que odia a

los hombres — río.

Estuve hablando con ella un rato más hasta que el sueño empezó a vencerme, prometiéndole contarle todo lo que pasara si me veía con Óscar. En ese momento, cuando la imagen de él volvió a mi mente, me sonó el móvil con un mensaje. Era de Óscar.

“Mañana te recojo al salir de trabajar si te parece bien. Tenemos mucho que hablar.”

De repente se me quitó todo el sueño.

“Sí, claro, como tú quieras. Buenas noches, que descanses.”

No volvió a responderme pero sé que leyó el mensaje. Me acosté deseando que llegara el día siguiente para poder darle las explicaciones que merecía.

Aunque no sabía en qué podía ayudar eso al desastre que era mi vida sentimental en esos momentos.

Capítulo 6

Llegué al trabajo muy nerviosa, sabía que Óscar me recogería a la salida del trabajo para ir a comer.

Se palpaba la tensión que había en las oficinas los últimos días y sobre todo desde el escándalo que montó la mujer de Peter aquella mañana dónde montó

ese espectáculo tan degradable, aunque pensándolo bien yo también había montado unos cuantos y muy orgullosa que estaba de ello.

— Buenos días, guapa ¿estás mejor? — preguntó preocupado Manuel.

— Bueno, lo llevo como puedo, estoy nerviosa ya que hoy voy a comer con Óscar.

— Eso me parece una gran noticia, espero que todo tome más calma entre ustedes.

— Dice que quiere contarme algo...

— Me espero cualquier cosa la verdad,

he llegado a pensar que en todo eso tiene algo que ver Peter.

— Yo también lo he pensado, pero por otro lado hay cosas que al sopesarlas me doy cuenta que puede ser imposible esa opción.

— Bueno, lo mejor será que esperes a que hable contigo y empieces a sacar conclusiones lo mismo, te pedirá explicaciones y te contara algo que no tenga nada que ver con lo que esperas.

— No sé, no quiero ni pensarlo — dije mientras miraba hacia la puerta que estaba apareciendo Desirée y Natalia.

Las chicas vinieron hacia mí y me

abrazaron haciéndome un sándwich, me habían cogido mucho cariño, al igual que yo a ella, y al principio, aunque me parecieron un poco borde y entremetidas, me di cuenta que eran de lo más simpáticos y bromistas, estaba claro que daba en la cara por mí al 100%.

A las 10 salimos las tres niñas y Manuel a desayunar al bar de enfrente, nos sentamos en la terraza ya que estaba la mañana perfecta y calurosa, me encendí un cigarro y Manuel me miró con ojos de querer matarme, puse cara de pena y Natalia agarró un cigarro de mi paquete y se lo encendió para calentar más el asunto y eso que ella no fumaba, pero en

esta ocasión si lo haría para buscar la lengua de Manuel que no paro de soltar disparates.

— Bueno, entonces te vas de comida con el buenorro de Óscar — dijo Desirée mientras cogía la taza de café.

— Lo mismo hasta se lo tira — bromeó Natalia antes de que yo contestara.

— Qué brutas sois, desde luego que sí vuestras madres después de toda una vida luchando por vuestra educación os escuchara, querrían que la tierra se las tragasen — dijo Manuel.

— Niño, tú es que eres de pueblo y no te enteras de nada — respondió Natalia.

— La educación y el ser cortés es igual en los pueblos que en las ciudades, para no ser de pueblo sois más bruta que un arado.— soltó Manuel.

— Bueno chicos no enfadarse ni aunque sea en broma, estar felices de que mañana os traeré cotilleo — dije bromeando para suavizar un poco el tema aunque ellos estaban todo el día así y se peleaban con mucho cariño.

— Estoy deseando saber qué pasará en esa comida, ojalá os pudiera ver por una mirilla —

dijo Natalia mirando al cielo.

— Yo tengo pánico, lo he pasado tan

mal que estoy deseando empezar a pensar capítulos y pasar página.

— Yo pienso que vas a terminar con Óscar, en el fondo creo que él se ha enamorado de ti tanto o más que Peter — dijo Manuel.

— Peter no se enamoró nunca de mí, cuándo amas a una persona eres incapaz de hacer las cosas que él me hizo, solo fui un juguete para él.

— Imposible, déjame decirte que si hubieses sido eso para él, ya te hubiera echado de una patada de la empresa, encima con el agravante de que le tiraste dos zapatos a la cara y uno dio en la diana, estoy convencido de que Peter

está completamente enamorado de ti porque si no no te hubiera dejado pasar esas cosas — dijo de forma convencida Natalia.

— Yo pienso lo mismo ¿qué necesidad tendría de aguantarte en la empresa con la actitud que has tenido? — dijo Desirée.

— En eso tengo que darle la razón a ellas — respondió Manuel.

— No sé, chicos, estoy perdida, espero que todo esto pase rápido, no me gusta estar metida en este mal rollo, me siento fatal, acabo de llegar esta empresa y con todo este marrón en lo alto.

Subimos al despacho, me crucé a Peter en el ascensor, se saludaron todos menos yo que miré hacia el suelo y pasé de mirarlo, tenía una mezcla de sentimientos muy fuerte que me estaban volviendo loca ya que por un lado lo quería matar y por otro lo quería abrazar.

La mañana pasó lenta, cuando por fin terminó la jornada laboral me despedí de los chicos y bajé corriendo, allí estaba Óscar en su coche sentado esperando, Lo saludé mientras me acercaba y me monteé en el coche, estaba guapísimo, con esas gafas de sol que le quedaban de muerte y la camisa remangada hasta el codo, se le notaba

triste, decaído, no parecía el Óscar que había conocido días atrás.

Intuí que íbamos hacia su hotel rural al norte de Madrid, iba en silencio la música era el único ruido en el coche, esperabas que dijese cualquier cosa para yo seguir la conversación, pero yo no me atrevía a iniciarla ya que no sabía en qué actitud iba y que me tenía que decir, así que me dediqué a mirar por el espejo y esperar que todo fluyera de la mejor forma posible, ya que no me gustaba estar mal con él, no se lo merecía, me sentía bastante culpable por ello.

De repente comenzó a sonar una canción

de Eros Ramazzotti, un ángel como el sol tú eres, parecía especialmente para él.

Tú quieres libertad.

Lo sabes, no soy yo.

Que te retiene ya.

Y el sentimiento va.

Son puertas que cerrar.

Tu cuanto amor que das.

Y nada pides ya.

Instantes por vivir.

De luz y lealtad.

Delante de mí estás.

¿Quién eres tú?

Es tan difícil describirte.

Un ángel como el sol tú eres.

Que ha caído aquí.

La verdad en ti.

Que con el alma haces el amor.

¿Quién eres tú?

El cielo te ha dejado irte.

Un ángel como el sol tú eres.

La naturalidad se manifiesta en ti.

Y en todo lo que acaricias tú.

Y ahora quiéreme.

No tienes que hacer nada sin querer.

No puede el corazón, encerrado está.

Y menos tú y yo.

¿Quién eres tú?

Es tan difícil describirte.

Un ángel como el sol tú eres.

Que ha caído aquí.

La verdad en ti.

Que con el alma haces el amor.

¿Quién eres tú?

El cielo te ha dejado irte.

Un ángel como el sol tú eres.

La naturalidad se manifiesta en ti.

Y en todo lo que acaricias tú.

Que acaricias.

¿Quién eres tú?

Es tan difícil describirte.

Un ángel como el sol tú eres.

Que ha caído aquí.

La verdad en ti.

Que con el alma haces el amor.

¿Quién eres tú?

El cielo te ha dejado irte.

Un ángel como el sol tú eres.

La naturalidad se manifiesta en ti.

Y en todo lo que acaricias tú.

Qué acaricias.

Justo terminó, aparcó el coche en el hotel, nos fuimos hacia la parte de la

terrazza de atrás donde estaba la barbacoa, ese lugar que tanto me gustaba.

Pidió una botella de Rioja y una parrillada de carne para los dos, además de una ensalada de entrante, se dirigió a mí para preguntarme si me parecía bien y le dije que sí, nos sirvieron el vino y dejaron la botella allí.

— ¿Qué tal estás, Davinia?

— Siento mucho todo, Óscar.

— Yo también lo siento, nos hemos fallado los dos.

— No te entiendo, todo ha sido culpa

mía.

— Y la mía por meterme donde no me llamaban.

— ¿Por qué dices eso, Óscar?

— Sé que lo que tengo que contarte él no te va a gustar y encima te vas a molestar por no habértelo contado antes.

— Sigo sin entenderte, pero adelante...

— El día de la fiesta de tu empresa, no nos conocimos por casualidad, Peter aparte de unirnos una relación laboral en la que yo salgo publicitado en su diario anualmente, es un gran amigo, bueno era un gran amigo...

— No entiendo porque ha tenido que dejar de serlo, pero sigue porque no me entero de nada.

— Él me pidió que hiciese por conquistarte, me dijo que no podía ahora mismo atenderte como le hubiese gustado, que con la aparición de su mujer necesitaba tenerte entretenida.

— Qué cabrón... —dije con lágrimas en los ojos.

— El problema es que cuando te vi, sentí una gran atracción por ti, rápidamente se convirtió en unos sentimientos bonitos y de verdad, me prometí que no jugaría contigo, es más, cuando fui a dejárselo claro fue cuando

me contó lo del jueves que estuviste con él, eso me partió el alma...

No me podía creer lo que estaba escuchando, en ese momento se me cerró la garganta y era incapaz de comer.

— Lo que más me jode es que me haces sentir mal por lo que hice con él ese jueves, que por supuesto está muy mal hecho, pero no valoras el hecho de tener la sangre fría de ir a conquistar a una persona por el mero placer de complacer a otra, no sé que es más grave, si lo que yo hice teniendo sentimientos hacia él aunque te ocasionase dolor o lo que tú hiciste viniendo a jugar conmigo sin importarte

los sentimientos de nadie, no pensé jamás que fueses es capaz de hacer algo de esa calaña.

— Entiendo que te enfades..

— Encima me mandas ese ramo de flores negras con una nota que sabías que me iba a dejar totalmente hundida.

— Eso no lo sabía, después de saber que te habías acostado con él pensaba que para ti yo no era nada importante

— ¿Y me tengo que creer que yo para ti sí lo era cuándo venías a jugar con una persona que

no te había hecho absolutamente nada y

te ibas a meter en su vida de la forma más despiadada?

— Tienes razón, fui un cerdo en aceptar el reto, está muy feo que haya querido jugar con una mujer y quizás la vida por eso me ha demostrado que donde las dan, las toman, pues al final terminé haciéndome mucho daño.

— Quiero irme a mi casa Óscar, quiero irme — le pedí mientras lloraba con el corazón encogido

— No te preocupes, ahora mismo te llevo, siento todo lo que haya podido hacer mal, siento lo canalla que fui al aceptarlo, siento que tengas que estar derramando esas lágrimas por culpa de

un acto feo por mi parte.

— No me creo nada de nadie ahora mismo, quiero seguir mi vida sola e intentar retomar la normalidad lo antes posible, necesito mi espacio y sobre todo pensar todo lo ocurrido

— No me saques de tu vida por favor — dijo con los ojos brillosos mientras se levantaba para ir hacia el coche y llevarme a casa

— Óscar ¿quién me dice a mí que ahora no te ha pedido él que vengas y hagas este numerito?

Te pido perdón si te cause dolor acostándome con él pero lo amaba, lo

hice de corazón, no porque nadie me hubiese pedido un favor, si me equivoco, me equivoco yo, no porque alguien me haya pedido algo tan rastrero como lo que te pidió el y tú aceptaste.

— Me enamoré de ti Davinia, te juro por mi vida que me enamoré de ti y ahora mismo dejaría todo por estar a tu lado, si me pidieses la luna iré a por ella y si me pidieses que me casase contigo lo haría ahora mismo, te ruego que me creas.

— Llévame a casa — dije mientras me montaba llorando en el coche.

— Haré todo lo que esté en mis manos para demostrarte que mis sentimientos

son verdaderos

— Eso puede que no lo dude, pero sí de tu saber estar como hombre, ¿qué puedo esperar de alguien que ha querido jugar con una mujer?

— Te entiendo cariño créeme, te entiendo pero todo fue por un juego en el que me comporte como un niño de 10 años, me voy a arrepentir toda mi vida...

Se volvió a hacer un silencio en todo el trayecto hasta mi casa y una vez que llegamos allí me bajé del coche y no le dije ni adiós, no quería ni verlo, me sentía engañada por ambos, me sentía una gilipolla en medio de dos hombres

que se creían que podían conseguirlo todo a base del poder que tenían.

Me pasé toda la tarde en el sofá llorando, no tenía ganas de hablar con nadie, ni siquiera del día siguiente ir a trabajar, me parecía todo demasiado fuerte para ser real, maldecía a Peter por lo canalla que había sido.

Capítulo 7

Seguía sin poder creerme todo lo que me había contado Óscar. No podía pensar en otra cosa. Me sentía utilizada, ¿cómo habían podido jugar así conmigo?

Estuve en el trabajo triste, les pedí a mis compañeros que me dejaran sola ese día

y, al ver mi cara, comprendieron que lo necesitaba.

Sentía un dolor en el pecho que estaba ahogándome, era horrible.

Ya no sabía qué pensar.

— Davinia...

— Ahora no, Señor Evans, por favor — no tenía ganas de discutir ni de mirarlo a la cara.

— Por favor, a mi despacho.

— ¿Es sobre trabajo? — no contestó, así que continué — Si no es importante, le agradecería que me dejara en paz. No

me siento bien.

— ¿Estás enferma?

— No — negué.

— Si necesitas irte...

— Gracias.

Esperé a que se marchara, fui al baño a ponerme un poco de agua fría en la nuca, me dolía la cabeza de tantas vueltas que le estaba dando aun a las cosas.

Al ver que no podía seguir, avisé de que me iba a casa, mis compañeros me dieron un beso, estaban preocupados por mí.

Llegué y me tumbé directamente en el sofá. Desperté por la tarde con el sonido del móvil.

— ¿Sí? — pregunté medio dormida.

— Hola, Davinia.

— Hola, Óscar — lo saludé.

— ¿Cómo estás? Te llamé al trabajo y me dijeron que te marchaste porque no te encontrabas bien.

— Sí, necesitaba descansar.

— Davinia, lo siento.

—Lo sé.

—Davinia, no te miento cuando te digo lo que siento por ti.

— Óscar, te dije que necesito tiempo. Tengo mucho que asimilar. Yo... Necesito tiempo.

— Y yo necesito saber que no me odias.

— No lo hago, de verdad. Pero lo que hiciste...

— No te culparía si lo hicieras, Davinia. Pero me enamoré de ti, después lo que pasó con Peter y yo creí volverme loco por los celos.

— Óscar...

— Me importas, más de lo que imaginas.

— Por favor, necesito tiempo. Tengo que asimilar todo, tengo que pensar todo.

— Te daré todo el tiempo que necesites, pero que sepas que voy a luchar por ti. Haré todo lo que haga falta porque te quedes a mi lado.

Las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas, todo era demasiado doloroso.

— Te quiero, Davinia, ten en cuenta eso.

Colgué sin decirle nada, ¿qué iba a decirle? Ni yo entendía el cacao que

tenía en mi cabeza.

Tampoco me apetecía desahogarme con nadie, solo quería estar en mi casa, sola con mis pensamientos, a ver si conseguía sacar algo en claro.

Al día siguiente fui a trabajar algo más descansada, no había dormido mucho pero sí lo suficiente para mantener la mente en lo que debía. Tampoco había sacado nada en claro, mi mente seguía siendo un enmarañado de pensamientos sin aclararse.

Mis compañeros respetaron mi silencio sin hacer muchas preguntas y yo agradecí. Antes de irme, me acerqué al despacho de Peter para dejarle lo que

tenía que haberle entregado el día anterior.

Pensé que no estaba porque no lo había visto en toda la mañana, así que no llamé antes de entrar y me quedé parada al verlo tras su escritorio.

— Lo siento — me di la vuelta, dispuesta a irme.

— ¿Necesitas algo?

— No — volví a mirarlo —, vine a dejarle esto, siento el atraso. Y pensé que no estaba.

— No importa, Davinia — sonrió.

Me acerqué a él y le entregué los documentos en las manos.

— ¿Estás mejor? — preguntó cuando fui a marcharme.

— Sí, gracias.

— Davinia, por favor, espera — me agarró del brazo antes de que abandonara la oficina y me giró hasta quedar cara a cara con él, cerró la puerta a mi espalda —. Tenemos que hablar.

— No tengo nada que hablar con usted.

— Sí, claro que tenemos que hablar.
Yo...

— Usted es un cerdo — escupí,
empezando a sacar la rabia que tenía
dentro —. No tuvo suficiente con reírse
de mí que también tuvo que meter a su
amigo en esto. ¿Cómo se siente?

¿Más hombre por hacerme caer?

— No hables de lo que no sabes —
apretó el agarre en mi brazo.

— Lo único que sé es que me ha hecho
daño. Puede estar feliz, me siento una
cualquiera.

— No digas eso — me advirtió.

— ¿No lo soy? Eso es lo que pensaste al
mandar a tu amigo a que se acostara

conmigo, ¿no?

— Las cosas no son así. No es como lo estás imaginando.

— Me importa una mierda como sean. ¿Por qué no haces el puñetero favor de dejarme en paz? ¿No te has reído bastante de mí ya?

— ¿Reírme de ti?

— Déjame en paz, Peter, eres un cerdo asqueroso.

— No voy a dejarte, Davinia, olvida eso.

Intentó besarme y lo aparté de un

manotazo.

— No se te ocurra tocarme, me das asco.

— Ahora estás enfadada, lo entiendo. Pero Alexia ya no está...

Me reí, no podía ser más idiota.

— ¿Y ahora que tu mujer no está tengo que estar yo?

— No pongas palabras en mi boca que no dije.

— No hace falta, lo diste a entender.

— No, vas a escuchar de una vez por

todas por qué volví con ella, vas a conocer de una vez por todas la verdad, Davinia, quieras o no.

— La única verdad es que ojalá no te hubiera conocido nunca — vi el dolor en sus ojos y no me importó, seguí —. Te quise, Peter, no te imaginas cuanto.

— Me sigues queriendo.

— No, tú te encargaste de matar todo eso.

— Como tú has enterrado a la mujer que eras.

— ¿Esa a la que le hiciste daño? Sí, no volverá, la destruiste.

— Cuando comprendas...

— ¡Que me dejes en paz! No hay nada que entender. No quiero saber nada, no quiero escuchar nada, ¡olvídame!

— ¿Qué está pasando aquí?

La voz de Óscar nos sorprendió a los dos miré a la puerta y lo vi allí parado con cara de enfado.

— ¿Estás bien? — preguntó al verme llorar — Suéltala — dijo entre dientes, mirando a Peter. Este lo hizo despacio —. ¿Estás bien? — repitió, acercándose a mí.

— Tú tampoco te acerques — le

advertí.

— Davinia...

— No, Óscar. ¿Pero qué demonios os pasa? ¿Os habéis puesto todos de acuerdo hoy?

— Solo vine a verte.

— A verme... Gracias, pero hoy necesito estar sola.

— No pienso dejarte sola — dijo él.

— Y tanto que lo harás — intervino Peter —, ya puedes marcharte de aquí. Yo me encargo de ella.

— Que tú te... — Óscar se rio amargamente — Ni de coña.

— ¿Ahora qué viene? ¿Una competición para ver quién mea más lejos? No puedo creerme esto ' — negué con la cabeza mirándolos a los dos —. Sois los dos unos malditos idiotas.

— Davinia...

— Ni Davinia ni mierdas. Dejadme en paz. Dejadme sola. ¡¿Es que es mucho pedir?! — grité antes de marcharme de la oficina, sola.

Me marché, cogí un taxi y llegué a casa. Llegué muy enfadada y hablé con mi hermana para contarle todo lo que había

pasado. Se ofreció para venir a casa pero le dije que tenía que estar sola y pensar. Todo eso tenía que arreglarse pronto, iba a acabar conmigo. Tenía que meditar, decidir, tomar una decisión.

Suspiré, no lo tenía nada fácil...

Capítulo 8

No me podía creer lo que había pasado el día anterior entre esos dos neandertales. Pareja de hombres de Cromañón...

Tampoco podía creerme lo de la víbora reina, claro que no me podía esperar otra cosa de aquella mujer que no fuese el odio. Verdaderamente era el

mismísimo diablo hecho fémína.

En definitiva, que no podía creerme nada pero todo había ocurrido...

Estaba yo trabajando, concentrada en responder a unos emails, cuando se me ocurrió ir a por un café a la máquina que había al final del pasillo. Me levanté discretamente para no molestar a mis compañeros que también estaban concentrados en sus proyectos, pero yo era la debilidad de Natalia y enseguida me preguntó.

—¿Adónde vas, Davinia?

—A por un café.

—Eres pesada, Naty. Quieres que te diga si va a cagar también — dijo Desirée bruscamente.

—¡Hala, hija! ¡Qué bruta eres! — profirió Manuel que tenía que hacer de padre cuando la cosa comenzaba a desmadrarse.

—Solamente quiero protegerla, ¿sabes? —dijo Naty ofendida.

—No me pasa nada. Estoy bien. Voy a por un café. ¿Queréis uno? — pregunté amablemente.

—Sí, yo quiero un capuchino — me pidió Desirée.

—Yo no quiero café de máquina —dijo Naty con tono de enfado.

—¿Por qué? —preguntó Manuel.

—Mira lo que te digo, listo. ¿Cuántas veces te he dicho que hay que traer una Nespresso? No cuesta nada — dijo Naty con un tono de resabidilla.

—Madre mía, la que vais a montar por un café —dije yo con tono cómico.

Aquel día, pese a todos los vaivenes que estaba experimentando mi vida, no me sentía

abatida. Muchas mujeres estarían deseando ponerse en mi lugar, pero yo

no era como ellas.

Yo creía en el amor sincero y estaba cada vez más claro que Peter y Óscar no eran en verdad lo que decían ser. Sus juegos de manipulación se mezclaban con sus confesiones desesperadas y yo volvía a estar en el mismo cruce de caminos. Pero debía pensar en mi trabajo también. ¿A quién creer? ¿A quién debía amar? ¿En quién debía confiar todos esos sentimientos que me pertenecían y me hacían ser la persona que era?

Yo creía que, en cualquier momento, me iban a despedir. Mi único salvavidas era Peter, pero, si por Alexia hubiera sido,

yo ahora mismo estaría trabajando de dependienta o vendiendo libros de puerta en puerta. Sucedió que, yendo a por el café, se cruzó en mi camino aquella mujer siniestra y vampírica.

Alexia se paró frente a mí, a un palmo de mi cara. Podía notar su aliento a azufre y su saliva asperjó mis mejillas cuando comenzó a chillarme.

—¡Niñata! ¿Quién te has creído tú para quitarme a mi marido?

—No sé de qué me estás hablando, Alexia.

—A mí no me tutees, cabrona — susurró maléficamente, mirándome a los ojos.

—Y a mí no me insultes. Yo no te he faltado al respeto.

—Sí lo has hecho. Has permitido que Peter se aleje de mí — dijo Alexia arrugando la frente y sin abandonar ese tono acusatorio.

—No me jodas.

—¿Qué dices, niñata?

—Que no me jodas. Yo no tengo nada que ver con tus problemas de alcoba — mentí porque yo sabía que aquel estado endemoniado de Alexia se debía a mí, a que Peter me había dicho que me deseaba.

—Has hecho que mi matrimonio se vaya al carajo, Davinia. Una simple contratada de tres al cuarto ha forzado a mi marido a que me deje.

—Alexia, te repito que yo no tengo nada que ver. Tus problemas personales has de resolverlos con tu marido. No me metas en esta clase de jaleos, por favor.

—Pero, ¿quién te crees que eres? No eres nadie. Ojalá te envenenes con el café.

—Te he dicho “por favor”, Alexia.

—No vas a durar mucho tiempo aquí y me encargaré personalmente de que no te

contrate nadie como periodista. La has fastidiado y bien — volvió a amenazarme sin mover un solo músculo de su cuerpo.

Creía que me iba a petrificar con su mirada como si se tratase de Medusa. Pero yo me sorprendí a mí misma y aguanté el tipo. Le hubiera dado una bofetada para que se diera cuenta de que yo no era cualquier periodista.

—Voy a por un café, como te he dicho. ¿Me dejas pasar o debo llamar a seguridad?

—Te dejaré pasar cuando a mí me dé la gana que, para eso, soy tu jefa — dije con aire retador.

—Tengo trabajo y no puedo entretenerme —dije yo con mucha calma.

—Tú lo has dicho. Tienes mucho trabajo, así que no hay café. Vete a tu ordenador, niñata — dijo conservando ese tono amenazante en su voz.

—Tengo derecho a unos minutos de descanso. Lo recogen nuestros estatutos, ¿sabes?

—Una mierda. Vete a tu sitio.

Me entraron ganas de morderle en esa nariz de bruja y arrancársela de un bocado. Pero me di la vuelta y volví al despacho. La secretaria de Peter fue

testigo de toda aquella escena. Me di cuenta de que no podía borrar de su cara una leve sonrisa. No sé si se estaba burlando de Alexia o de mí, o de las dos.

Entré nerviosa y alterada. Mis compañeros no se habían enterado de lo sucedido y cuando se lo conté, la que primero intervino fue Natalia:

—Ya te dije, Manuel, que había que comprar una Nespresso.

—No puedo contigo. Deja la broma. Lo que ha pasado es muy grave, Naty

—comentó Manuel preocupado por mi estado de ansiedad.

—Sí que lo es —añadió Desirée.

—Deberías denunciarlo al sindicato, Davinia — añadió Manuel con seriedad.

—Tengamos la fiesta en paz. Yo también la he provocado con mis respuestas —dije yo con un hilo de voz.

—No vuelvas a hacerte la víctima. Odio que hagas eso — me reprochó Natalia.

—Bueno, estamos todos muy nerviosos y esa pareja no está pasando por su mejor momento. Vamos a dejarlo por ahora. Pero si vuelve a atacarte, seré yo quien la denuncie

— dijo Manuel con tono protector.

—Te lo agradezco mucho. Eres una de las personas más amables y generosas que he conocido —dije yo más tranquila.

—Ojalá fueses mi chica — dijo Manuel sonriendo.

—Qué ligón se nos ha vuelto. A nosotras no nos dices esas cosas — apostilló Desirée con ironía.

Pasó media hora y yo estaba de nuevo delante del ordenador. Había controlado mi ansiedad, pero aquel día traía nuevas sorpresas. Un enorme ramo de flores entraba por la puerta. El mensajero las colocó en mi mesa y yo casi entro en parada cardíaca. Todos rieron y el

mensajero, quien ya me conocía, se marchó con una amplia sonrisa en su cara.

—No me digas, Manuel, que no es divertido todo lo que está pasando — comentó Naty llena de emoción.

—No te puedo llevar la contraria en esta ocasión, Natalia. Desde que llegó Davinia, mi trabajo está siendo muy divertido. A veces pienso que se trata de una cámara oculta —

apuntó Manuel alegre.

—No me puedo creer lo que está pasando —dije yo excitada.

—Lo sé —dijo Desirée.

—El tío se está gastando una pasta en flores —dijo Naty muerta de envidia.

—Yo creo que tiene un invernadero para él solo — dijo Manuel.

—Esto no está bien. Lo que está haciendo Óscar no está bien — dije yo triste.

—¿Por qué dices eso? — preguntó Desirée.

—Porque tengo la sensación de que Óscar quiere comprar mis sentimientos con esta serie de regalos — argumenté yo.

—No digas tonterías. El chico no sabe qué hacer para que le hagas caso. Ya te dijimos que era un buen partido para ti — intervino Desirée acercándose a tocar el ramo y a oler las flores.

—Es precioso, ¿verdad? — dije yo.

—Los lirios son muy caros y demuestran una gran exquisitez —dijo Desirée con voz dulce.

Entre las flores, encontré una nota de color marfil en la que se podía leer:

“Tu belleza no llega siquiera a parecerse a estas flores que te entrego como una ofrenda

de amor desesperado”.

Me guardé esa tarjeta en mi bolso. La besé antes. A Desirée y a Naty se les caía la baba.

—Ni en *Pretty woman*, hija — dijo Manuel con agudeza.

Volvimos a nuestras tareas. La campaña publicitaria sobre libros de texto tenía que salir en breve. Pero, claro está, no todo acabó aquí. Al cabo de las dos horas, volvió a aparecer otro ramo de flores y después otro, y otro. Siempre aparecían cada dos horas.

Yo creía que estaba soñándolo. Naty y Desirée lloraban de alegría. En cada

ramo había notas de amor como que:
*“Sin ti, no existe el cielo, sino el
infierno”* , *“La suavidad de un*

*pétalo es la ternura de un beso que
debo darte”* o *“La noche sobre mí es
una tortura si no soy*

capaz de evocarte” .

—Davinia, nos vamos de boda. Tengo que buscar un traje — dijo Desirée con voz enérgica.

—Madre mía, qué tío. Se lo está ganando a pulso. Como siga enviando flores, vamos a tener que sacar las mesas y los ordenadores al pasillo. A

Alexia le va a dar un ataque de celos como se entere de todo esto.

—Por favor, dejadme trabajar. Ya está bien —dije yo con un tono adolescente.

—Davinia, reconócelo, así no se puede trabajar —comentó Manuel sarcástico.

—Yo quiero ser dama de honor —ironizó Natalia.

—Y yo también — se sumó Desirée.

Me puse nerviosa cuando aludieron al tema de la boda y yo, afligida por las dudas , comencé a llorar de repente.

—Me voy a cagar en Alexia — espetó

Natalia.

—No, no es eso — dije yo recuperando el aliento.

—Pero, ¿qué te pasa ahora? — preguntó Manuel con su habitual tono paternal y protector.

—No sé qué hacer. No sé qué hacer — repetí entre lágrimas.

—No tienes que hacer nada. Óscar es el que te está demostrando su devoción hacia ti —

opinó Desirée con firmeza.

—¿Has dicho “devoción”? Te has vuelto

muy culta de repente — bromeó Natalia.

—No le des más vueltas. Apuesta fuerte por Óscar — dijo Desirée.

—Es que mi cabeza me dice que Óscar es quien me conviene, pero mi corazón se conmueve al recordar a Peter — confesé esperando cualquier respuesta de mis compañeros.

—Ni se te ocurra quedarte con el Sr. Evans. Ese hombre solamente te ha hecho sufrir, joder — exclamó Natalia horrorizada.

—No te metas donde no te llaman, Naty, aunque debo darte la razón. A mí Óscar me pone, a mí Óscar me ha conquistado

con los ramos de flores y esas notas de amor —

añadió Desirée con un tono dulce.

—Pero Peter... —susurré.

—Pero Peter, ¿qué? Olvídalo. ¿No te das cuenta de que ese hombre solo sabe aprovecharse de las mujeres? ¿No te das cuenta de que ese hombre no ha hecho otra cosa que humillarte? — dijo Natalia con una actitud rebelde y acusatoria.

—Lo sé. Tenéis razón. Quizá deba darle una oportunidad a Óscar —dije yo finalmente poco convencida.

—Veo que no tienes las cosas claras
—intervino Manuel.

Naty y Desirée se callaron de repente y
leyeron la duda en mis ojos.

Permanecíamos todos en un silencio
tenso.

—¿Qué debo hacer, Manuel? Confío en
ti — dije repentinamente ante la
sorpresa de mis dos compañeras.

—No puedo ayudarte, Davinia. Pero te
diré una cosa. Yo respetaré siempre lo
que decidas porque yo estimo mucho ese
corazón que tienes, con sus aciertos y
sus errores.

Lo miré fijamente y sonreí.

Una letra de una canción de Orozco me vino a la cabeza y respiré.

Capítulo 9

Aquella mañana que llegué a la empresa, la secretaria de Peter me llamó y me dijo que el Sr. Evans quería verme urgentemente en su despacho. Me temí lo peor. Aquí estaba el momento que, por desgracia, yo esperaba.

Seguramente me iban a despedir y utilizo “iban” porque Alexia estaba detrás de esa decisión. Tal vez estuviera en el despacho de Peter para presenciar cómo me derrumbaba delante de ellos. No se podía ser más miserable.

Pero no sucedió así. Mi sorpresa es que el Sr. Evans estaba solo y me ordenó que cerrara la puerta y me sentara. Tenía mala pinta. Ahora que podía verlo con más calma, me di cuenta de que estaba muy desmejorado, mucho más delgado, y la belleza de sus facciones había desaparecido debido a esa delgadez.

Me sentí culpable de nuevo por ese estado físico tan lamentable en el que se encontraba Peter, aunque seguía teniendo esa belleza natural y atrayente que me volvió loca cuando lo vi por primera vez.

—¿Por qué me llama, Sr. Evans?

—¿Por qué crees tú?

—Pienso que han tomado la decisión de despedirme, de prescindir de mis servicios.

No estoy equivocada, ¿verdad?

—Nadie ha decidido nada, Davinia —dijo confuso.

—Pensaba que su esposa y usted habían decidido echarme del trabajo — dije con valentía y aire retador.

—No es así. Te llamaba por otro motivo.

—¿Cuál, Sr. Evans? — ironizaba con su apellido cada vez que se me ocurría.

—Deja de hablarme de ese modo. Sabes que puedes tutearme.

—No lo sabía. Pero si tanto le gusta, le tutearé — dije con un claro y significativo tono de burla.

—Por favor, quiero hablar en serio contigo, Davinia. Deja de mofarte de mí. Te lo suplico.

—No sé qué pensar, Peter. No me gusta que me encierres en tu despacho para debatir y comentar temas que no son estrictamente profesionales. No deberías hacer eso.

—Mira, te lo voy a decir solo una vez. Deja de comportarte como una niña. Y,

aunque sea lo último que hagas en esta empresa, vas a escucharme.

—No tienes derecho, Peter, a hacer eso, a que yo esté sentada aquí, encerrada en tu oficina a escuchar gilipolleces.

Porque lo que vas a decirme son gilipolleces que no van a cambiar nada el futuro de nuestra relación — añadí yo con un tono seco y cortante.

—Tienes derecho a no creermelo y lo aceptaré. Pero escúchame al menos. Es muy difícil para mí lo que voy a contarte.

Por la expresión de su rostro, desesperada y llena de tristeza, me dije que quizá debía comportarme como una

buena persona y dejar que hablara. Como muy bien había dicho el propio Sr. Evans yo ya estaría luego en mi derecho de creerle o no creerle. Aquel hombre caminaba de una pared a otra de su despacho. Miraba el suelo y me miraba también a mí con un aire que no era precisamente de triunfalismo, sino de derrota.

—No tengo todo el día, Peter.

—Davinia, ¿sabes que te quiero?

—¿A qué viene eso ahora? No veas más películas de amor. Esa frase es una ridiculez puesta en tu boca y una forma de herirme.

—No puedo contigo. Solamente quería asegurarme de que la escuchabas.

—Estoy esperando, Peter. Comienza si es que vas a contarme algo — le reproché yo con un tono firme y duro.

—Está bien. Veo que sigues haciéndote la broma conmigo.

—¿Qué esperabas después de todo lo que me has hecho? Dime.

—Davinia, todo se complicó de repente en mi vida. Tú eres una persona fantástica. Me enamoré de ti en muy poco tiempo. Cuando entraste por esa misma puerta por la que has entrado ahora, me cautivaste: tu belleza natural,

tu timidez, esa sonrisa ... — dijo embelesado acercando su rostro al mío.

—Déjate de piropos. Te pido que acabes cuanto antes, por favor.

—Davinia, mi mujer apareció con unos papeles que yo creía que habían sido destruidos, pero no lo estaban.

—¿De qué papeles me hablas?

—¿Quieres saber qué contenían esos papeles?

—Sí, claro, que quiero saberlo.

—Por Dios, Davinia, voy a contártelo. Pero si alguien se entera y la noticia sale

a la calle es el fin del periódico.

—No lo haré, Peter. En esta ocasión, te juro por lo más sagrado que no diré nada. No voy a poner en peligro los puestos de trabajo de gente como Manuel o Naty.

—Está bien — susurró y tomó aire.

—Esos papeles demostraban que el antiguo director desviaba fondos del periódico a paraísos fiscales.

—¡Dios Mío! ¡Eso es muy grave!

—exclamé sobrecogida.

—En vez de denunciar, obligamos a que dimitiera y devolvió parte de la pasta,

no toda.

Por el bien del periódico y de los trabajadores, se decidió correr un tupido velo. Además la mayor parte del dinero fue declarado, pero revelar ante la luz pública que nuestro periódico se dedicaba a esas prácticas fraudulentas habría sido el fin del Diario Sol.

—Lo entiendo y, aunque no comparto la decisión que tomó el periódico, comprendo que fue el menor de todos los males — dije yo sobrecogida todavía por la gravedad de la información.

—No podía creer que Alexia hubiera llegado de nuevo a mi vida y que

hubiera conseguido esas pruebas que nos pondrían en jaque en cualquier momento.

—¿Y qué pasó? —pregunté intrigada.

—Pasó que Alexia quería volver conmigo. Su romance con otro hombre que había supuesto nuestra ruptura había llegado a su fin. Y ahora no quería quedarse sola y quería que yo la amara de nuevo. Aquellos documentos fueron el chantaje para que yo accediera a estar con ella.

—No me creo nada de lo que me estás contando.

—Aquí están los papeles, Davinia. He

conseguido robárselos. A veces un buen contacto te puede salvar la vida. Y tengo suerte de tener buenos amigos en la policía.

—No es posible, Peter.

—No quiero justificarme. Sé que no lo hice bien contigo. Sé que te hice sufrir demasiado.

—No te equivoques, Peter, lo sigues haciendo — le recriminé.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Alexia había amenazado con destruirnos si no volvíamos a ser la pareja feliz que nunca fuimos — dijo Peter con tristeza.

—Tengo miedo —le susurré mirando a sus ojos vidriosos.

—¿De qué tienes miedo? — preguntó él acercándose cada vez más a mí.

Se sentó en la silla de enfrente y me cogió las manos. Ahora todo lo que había sucedido tenía una explicación racional y lógica. Ahora entendía su comportamiento.

—Tengo miedo de nosotros. Tengo miedo de mis compañeros de trabajo que son como mi nueva familia. Tengo miedo del tiempo que hemos perdido y tengo miedo de ti

—dije yo con un tono dulce y balsámico.

—No te puedo pedir que vuelvas conmigo. Lo sé y lo comprendo. Quería que supieras que Alexia me obligó a comportarme de esa manera. He sido un torpe — dijo él con un tono apagado.

—Sí, has sido muy torpe y he sufrido y llorado mucho por tu culpa —elevé la voz para que se diera cuenta de que seguía dolida.

—Lo siento. Pido perdón por el daño que te he hecho.

—No basta con las palabras. No basta.

—¿No vas a darme otra oportunidad, verdad?

—No. Y después de todo lo que ha pasado con Óscar —dije yo con un nudo en la garganta.

—No sabes cuánto me arrepiento de esa maniobra. Utilicé a un buen amigo para alejarte de mí, para que Alexia no sospechara jamás de que entre nosotros había algo más que una relación profesional. Qué mal me porté contigo, Davinia.

—Lo hiciste y algo así no se puede ni se debe perdonar. Sería engañarnos, porque las heridas aún sangran en ti y en mí.

—Pero ahora que Alexia no puede hacer nada contra la empresa, podías darme

esa oportunidad.

—No. No voy a hacerlo.

—Te quiero mucho. Y no me importaría pasar el resto de mi vida contigo — dijo Peter con una serenidad que demostraba sinceridad y compromiso.

—No me vale eso. No me vale.

—¿Por qué? Dame una respuesta —me suplicó sin dejar de acariciar mis manos.

—No me encuentro bien. Necesito salir de aquí, Peter.

Y, sin despedirme, dejando esa

conversación a medias, salí del despacho y, con unas ganas terribles de llorar, me dirigí al aseo. Allí me miré en el espejo. Mi rostro estaba destruido nuevamente. Las lágrimas en mí se habían convertido en una segunda piel. En ese instante, sonó mi móvil. Era un mensaje de Óscar.

“No debes olvidarme. Soy en ti lo que amas y lo que necesitas”

Esboqué una sonrisa. Pero lo que menos necesitaba ahora era responder a esas declaraciones de amor. Volví al trabajo y mis compañeros no pararon de preguntarme qué había pasado y de nuevo surgió la discusión sobre qué

pretendiente me convenía. Pero yo estaba ya a años luz de comprometerme con alguno de ellos.

—Me gusta Óscar. Ese chico te merece. Lo ha demostrado —dijo Natalia convencida de sus palabras.

—Un jefe es un jefe y Peter está para comérselo — dijo Desirée.

—Volvemos a lo de siempre. Os metéis donde no os llaman. Dejad a Davinia en paz —

intervino Manuel.

—No pasa nada. Pueden hablar todo lo que quieran. Los dos son igual de

decepcionantes. Los dos me han manipulado. ¿De qué me sirve ahora que quieran demostrarme su amor?

—O sea, estamos perdiendo el tiempo, ¿verdad? —dijo Desirée entristecida.

—Davinia, no me jodas, ¿sabes? — dijo Naty.

—¿Por qué te estoy jodiendo?

—pregunté.

—Porque yo ya me he comprado el vestido para ser dama de honor

—contestó Natalia.

—¿Estás bromeando? — pregunté.

—No. No bromea. Es un traje precioso. El mío será muy parecido. Lo he visto en el ZARA — añadió Desirée ilusionada.

—Pues devolved esos vestidos porque boda no va a haber —dije yo entre irónica y dolida.

—No me jodas, Davinia — dijo Naty.

Aún Natalia no había acabado la frase cuando, por la puerta, entró un nuevo ramo de flores.

Era de Óscar. No podía ser de otro. Una nueva nota me suplicaba que nos volviésemos a ver:

“Sé que me echas de menos. ¿Por qué me haces sufrir de esta manera? Te espero aquí y siempre, con mi corazón espinado”.

Estaba volviéndome loca. Al ver mi rostro, mis compañeros no hicieron ningún comentario. Callaron. Yo miré un rato las flores. Ya no despertaban en mí la misma emoción.

Volví al menú del ordenador y comencé a leer y a redactar. A los pocos minutos, sonó mi móvil. Un nuevo mensaje y no era de Óscar, sino de Peter:

***“Gracias por haberme escuchado.
Sabes que mi corazón es tuyo porque***

alguna vez el tuyo

fue mío” .

De verdad yo necesitaba un valium. No podía seguir con esta tortura. Estos donjuanes no cesaban de competir entre ellos. A las dos horas llegó un nuevo ramo de flores con otra nota de amor.

Me empecé a poner pálida y Manuel me aconsejó que me fuera a casa hasta que amainara aquella tormenta de ramos, notas y mensajes. Por un lado, estaba extasiada con los halagos, las dedicatorias y esa forma de entregarse a mí por parte de cada uno de ellos, pero, por otro lado, no sabía cómo desprenderme de esos sentimientos tan

confusos que me hacían sentir tan vulnerable, valga la redundancia. Sentir, sentimientos, presentir, resentimiento ...

Me pasé la tarde viendo películas en blanco y negro. Nada especial.

Casablanca. Ángeles con caras sucias. Qué bello es vivir.

Y, luego, antes de dormir, me dije de nuevo qué sola estaba. El móvil registraba decenas de mensajes de Óscar y Peter.

Lo apagué. No quise leer ninguno.

Yo era ahora la que decidía cuándo y, sobre todo, quién.

Capítulo 10

Me levanté esa mañana dispuesta a arriesgar todo de nuevo por dar la oportunidad a la persona que para mí sentía que era la que quizás me podía hacer feliz.

Quería intentarlo, más no podía perder, pero sí tener la posibilidad de ganar mucho, no me iba a quedar con las ganas de intentarlo.

Me preparé un expreso y me senté en la mesa de la cocina con el móvil, abrí el WhatsApp y le escribí un mensaje.

“Estaré a las 8 de la tarde en la terraza del restaurante Emilio, si estás

dispuesto a comenzar de

*ceros y a demostrar todo lo que dices
sentir por mí, entonces, te estaré
esperando con los brazos*

abiertos.”

Envié el mensaje y comprobé que lo leyó del tirón, no respondió, pero algo decía en mi corazón que iba a aparecer, algo me decía que iba a merecer la pena intentarlo.

Me crucé de brazos y empecé a dar golpecitos con el pie en el suelo, evitando jalarme del pelo del ataque de nervios que tenía de repente. Pero lo que tenía ante mis ojos era un desastre.

¡No tenía nada que ponerme para la cita!
Y joder, ¡era LA CITA!

Tenía que lucir espectacular y ya me había probado todo el fondo de armario. Y no podía llamar para anularla fingiendo una apendicitis o algo así, ¿no? Puse los ojos en blanco con solo pensarlo.

Empecé a rebuscar de nuevo entre el montón de ropa que había en la cama y nada. Suspiré y cerré los ojos, así elegiría. Y suspiré de nuevo, si hubiese elegido el mono blanco que me hacía un culo enorme, me habría dado el infarto allí mismo.

Pero no, elegí un vestido negro corto, estilo vintage que no había usado muchas veces.

Me vestí y me maquillé, me arreglé el pelo y me lo alisé y me quedé mirándome al espejo.

Sí, estaba preciosa.

Y como una cabra también, tenía LA CITA más importante y me iba a dar algo. Cogí aire, preparada para lo que estaba por venir.

Llegó la hora de ir y enfrentarme a la verdad, en el fondo tenía un cierto miedo a que por cualquier cuestión no apareciese.

Llegué a las 8 menos 10, me senté en aquella terraza, pedí una copa de vino y me quedé observando el ir y venir de las personas, de repente alguien por atrás puso su mano delante de mí con una rosa preciosa y supe que era él, comenzó a cantarme al oído, mientras tanto yo comenzaba a llorar.

Puedo no roncar por la mañana

puedo trabajar de sol a sol

puedo subirme hasta el Himalaya

o batirme con mi espada

para no perder tu amor.

Y puedo ser

tu fiel chófer, mujer

y todo lo que te imaginas

puedo ser.

Y es que por tu amor volví a nacer

*tu fuiste la respiración y era tan
grande la ilusión*

pero si te vas que voy hacer

*planchar de nuevo el corazón, se pone
triste esta canción.*

Y quiero, casarme contigo

*quedarme a tu lado, ser el bendecido
con tu amor*

por eso yo quiero dejar, mi pasado

*que vengas conmigo, morirme en tus
brazos dulce amor*

por eso yo quiero!!

Es que tú me encantas

oye bebecita, tu eres única entre tantas

al mirarte tú me robas mil sonrisas

*y cuando te pones de pijama mis
camisas.*

Hoy vine a decirte que

*quiero estar contigo y sé que tu
también*

tienes todo para hacerme enloquecer

*hoy voy a llevarte y a comerte a besos
mujer.*

Si tu aceptas voy hacerte mía

voy a darte lo que tú querías

ser el ángel que te cuidaría

sin ti nada existiría, mujer.

Puedo boxear en las olimpiadas

puedo mendigar por tu perdón

puedo mudarme a la castellana

*agua fría por la mañana y alinear en
la unión.*

Y puedo ser

tu fiel chófer, mujer

todo lo que te imaginas

puedo ser.

Y es que por tu amor volví a nacer

*tu fuiste la respiración y era tan
grande la ilusión*

pero si te vas que voy hacer

*planchar de nuevo el corazón, se pone
triste esta canción.*

Quiero, casarme contigo

*quedarme a tu lado, ser el bendecido
con tu amor*

por eso yo quiero dejar, mi pasado

*que vengas conmigo, morirme en tus
brazos dulce amor*

por eso yo quiero!!

Me la canto enteras mientras se erizaba mi piel, justo cuando termino me dio un beso en la mejilla y Óscar se sentó frente a mí con una sonrisa en los labios y cogiendo mi mano encima de la mesa.

Estaba guapísimo, irresistiblemente guapo.

— Gracias, Davinia, vengo a pedirte algo. — dijo bajo mi sorpresa sacando algo de su chaqueta

— Pídeme lo que quieras, Óscar — dije

sonriendo mientras me secaba las lágrimas.

— Quiero que en estos momentos adquiramos un compromiso y prometo hacerte la mujer más feliz de este mundo — abrió una caja donde contenía una preciosa alianza.

Me puse las dos manos en la cara y empecé a llorar como una niña pequeña y él se levantó, se vino hacia mí y me abrazó ante los ojos atónitos del camarero que venía a servirle otra copa de vino.

— No me llores más, preciosa mía.

— Gracias, Óscar, quiero comenzar

contigo una bonita historia y olvidar todo lo feo que nos ha pasado.

— Por supuesto cariño, lo primero nunca vuelvas más a ese trabajo, en mi empresa puedes trabajar perfectamente y mucho más cómodamente, eso si quieres, aunque a mi lado no te haría falta trabajar, pero sé que por tu forma de ser, no vas a permitir que nadie te mantenga.

— Acepto el trabajo encantada — dije regalándole una bonita sonrisa.

En ese momento nos fundimos en un precioso beso, que duró poco ya que él estaba agachado para estar a mi altura ya que seguía sentada.

— Dentro de un mes haré una preciosa fiesta donde invitaremos a todas las personas que queramos a nuestro compromiso oficial ¿aceptas? — dijo mientras me guiñaba el ojo y se sentaba de nuevo en su silla.

— Claro que acepto, sin dudarlo acepto.

El mes pasó volando, ya habíamos trasladado todas mis cosas hacia su casa aunque hasta esa noche de la pedida no me pensaba quedar por primera vez allí, ni siquiera fui a la revista a despedirme de mis compañeros, ni siquiera tampoco a decir que dejaba el trabajo, se encargó de todo

un asesor amigo mío.

Esa noche era en el Hotel de Óscar la fiesta de pedida, en ese jardín que tanto me gustaba y que había reservado exclusivamente para esa ocasión a modo privado, estaba segura que había preparado una gran fiesta, cuando llegamos ya estaban todos los invitados allí que nos aplaudían al pasar, yo iba agarrada de su brazo.

Nos pusimos en un precioso altar que había preparado y cogió el micro y empezó a hacerme la declaración de amor más bonita que jamás hubiese imaginado, no paraba de llorar de escucharlo a la vez de comprobar que estaban allí todas mis amigas, las de Facebook de la lectura también, veía a

Teo hacerme señas todo el tiempo de lo bueno que estaba Óscar, Jessica, María Lucero, Esther y Marcela estaban emocionadísimas.

En otra mesa estaban Natalia, Desirée y Manuel, los tres llorando al verme ahí con Óscar mientras él decía esas preciosas palabras.

Epílogo

Llevaba tres meses casada con Óscar y la vida me parecía de ensueño, no entendía cómo era posible que cada día me enamorara más y más de él.

Estaba en casa, esperando a que él llegara de arreglar algunos asuntos del

hotel para poder irnos a comer fuera cuando llamaron al timbre. Fui a abrir y le firmé al chico que estaba en la puerta la carta certificada que me había entregado. La miré extrañada al ver de quién se trataba y me senté en el sofá a leerla.

“Hola, Davinia.

*Mucho tiempo sin saber de ti aunque
créeme cuando te digo que estoy
siempre pendiente a todo*

lo relacionado con tu vida.

Te vi en la boda, de lejos pero lo hice. Estabas preciosa y, ¿para qué mentirte? Me dolió que

fuera él quien pusiera esa sonrisa de felicidad en tu cara.

Pero no te escribí para hablar de nada triste, al contrario, quiero felicitarte por tu elección. Me

ha costado mucho reponerme a ti y a lo nuestro y aun no lo he conseguido, todavía sigo enamorado

de ti, aunque lo dudes.

Si me decidí a escribirte fue porque decidí cerrar ya nuestro pasado, de nada sirve que siga

atormetándome cuando tú elegiste. Y te quedaste con quien debías, con quien amas y te merece.

Lo hice mal y te pido disculpas. Sobre todo conserva ese amor que es tan difícil de encontrar.

No sé si piensas en mí, pero ojalá algún día lo hagas sin rencor y puedas sonreír.

Os deseo lo mejor, os lo merecéis. Y, aunque suene extraño, siempre me tendréis aquí.

Con todo mi amor.

Peter Evans.

PD: Adiós al que sí fue mi único y real amor.”

No podía dejar de llorar, se notaba que lo había escrito de corazón. Pero sí, todo era cierto, era a Óscar a quien amaba. No dudaba de eso nunca, pero al verlo entrar por la puerta de casa, lo “dudé”

menos que nunca.

La vida era complicada en temas de amor, pero, si ese amor es verdadero, la respuesta a esas miles de preguntas es sencilla.

Y las dudas no existen.

Como ya no existía más que Óscar para mí y Peter sería eso, solo un recuerdo...

Agradecimientos.

A nuestros fieles seguidores, millones de gracias por seguir haciendo nuestros sueños realidad.

**Norah Carter — Monika Hoff —
Patrick Norton.**